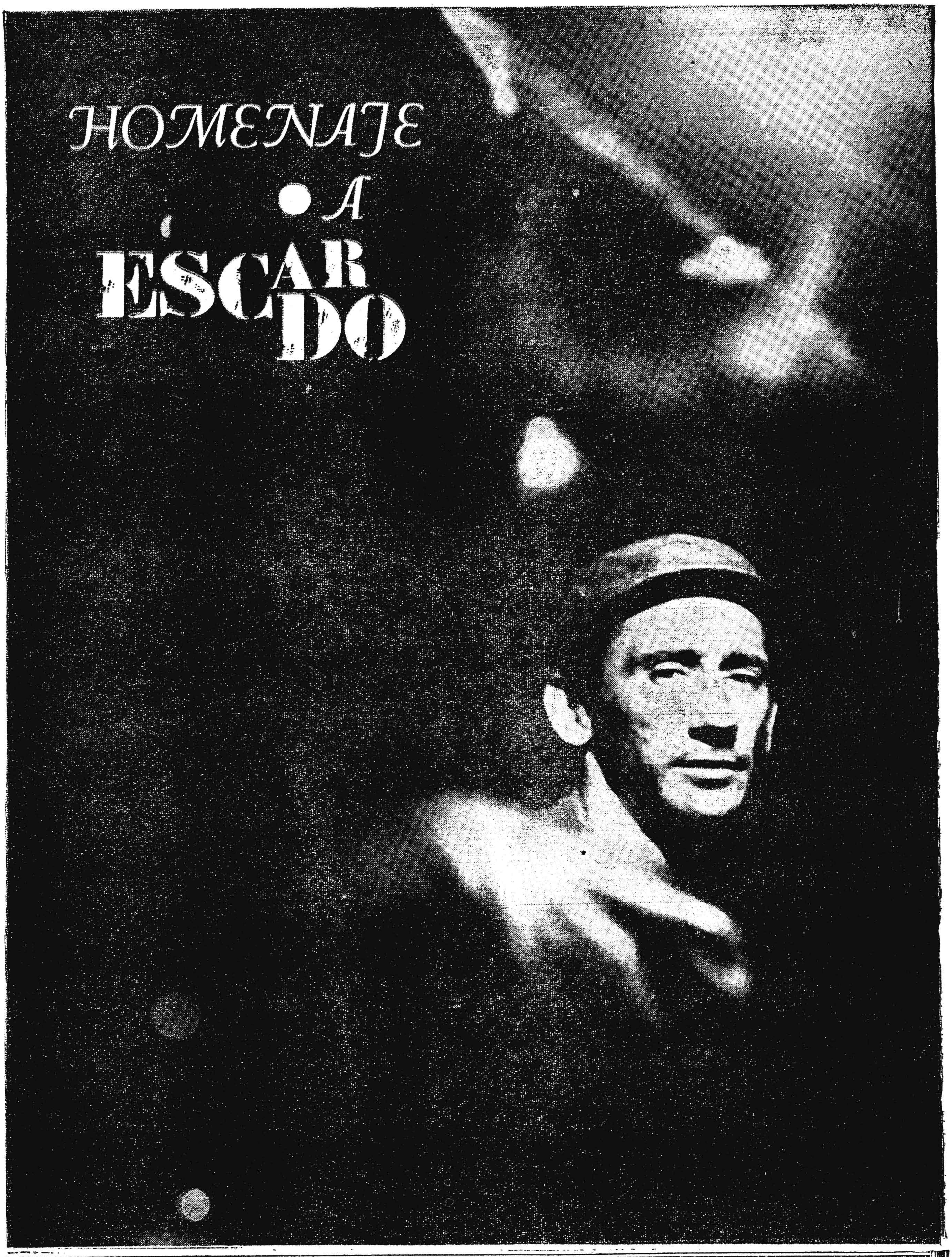
HOMENAJE A ESCARDO



LUNES DE REVOLUCION

director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez
número 83, octubre 31, 1960
este número estuvo a cargo de
Oscar Hurtado y Virgilio Piñera.

HOMENAJE

Desde cualquier punto que se la encare, la desaparición de Escardó es irreparable, pero si la referimos a lo nacional, se vuelve aun más irreparable. En efecto, no disponemos de tantos buenos escritores y poetas como para regalarle a la Muerte unos cuantos de ellos. Por otra parte, esta mala pasada nos fuerza a la pregunta incongruente: ¿Acaso hemos perdido el gran poeta que pudiéramos haber tenido? Y como ya el poeta ha sido destruído, como ya los futuros lineamientos de su obra que nosotros anticipábamos no son susceptibles de que los sigamos planteando, no nos queda otra cosa que esa pregunta incontestable.

Cuando Escardó muere tiene treinta y cinco años. ¿Cómo dibujar ahora lo que la muerte ha borrado? Dígase lo que se diga, por más que dispongamos de decenas de fotos para seguirlo en su evolución fisionómica; aunque tengamos éste o aquél testimonio de sus amigos, a despecho de no hacer todavía un mes que estaba entre los vivos, no obstante tantas precisiones y tal lujo de referencias, nos resulta imposible decir ahora cómo era Rolando. Cuando la comunicación se interrumpe —y de hecho toda muerte es la más desesperante de las incomunicaciones— al que le ha tocado morir levanta, frente a los que han quedado del lado de acá, una barrera infranqueable: la de su imposibilidad de un retorno a la vida para confirmar o negar el retrato que de él hicimos.

¿Cómo era Escardó? —nos preguntamos, y la respuesta no podemos buscarla en nuestros recuerdos. Nos lo veda esa otra pregunta: ¿cómo es ahora? y ya sabemos lo que es ahora: un muerto, un recuerdo, en fin, la nada.

En cambio, nos queda su obra. He ahí, de ahora en adelante, el verdadero rostro del poeta. No disponemos de otro, pero basta. ¿Quién no recuerda el verso de Mallarmé sobre Poe?: "Tal como en sí mismo en fin la eternidad lo cambia..." Y Escardó se nos ha cambiado en un libro, que hablará por él y con el que podremos hablar largo y tendido.

Este libro —que primero se titularía *Poemas en la Plaza del Vapor*, y que después el poeta tituló *Libro de Rolando*— ofrece, como la vida misma de Escardó una trayectoria azarosa. En 1957, habiendo reunido una pequeña cantidad, llevó este libro a la imprenta de la Sociedad Colombista. Pronto tuvo las primeras pruebas, pero la falta de dinero —Némesis implacable de éste y otros poetas cubanos— impidió su salida. Para colmo de desdichas Escardó se vió precisado a exilarse en México. Con la caída de Batista vuelve a Cuba, y de nuevo se da a la tarea de publicar su libro. Por ese entonces la revista Ciclón había reaparecido y su Director tenía en proyecto una editorial anexa a la revista. Se acordó que el libro de Escardó iniciaría la colección, pero para desgracia suya este proyecto nunca se hizo realidad. Escardó no se desanimó y se puso a buscar nuevo editor, pero inútilmente. Entonces —ya estamos en el presente año— un grupo de escritores funda su propia editorial. Ahora, por fin, el poeta podría ver editado su libro. Hablamos de eso en Camagüey, él me pidió le enviara esas pruebas (que estaban en mi poder) para hacer una selección definitiva, añadir nuevos poemas y agruparlos todos en cuatro libros, a saber: *Poemas en la Plaza del Vapor* (1950-1953); *La Casa* (1954-1956); *Vertes* (1957); *Libro de Rolando* (1958-1960). En un viaje que hicimos en su jeep rumbo a las Cuevas de Cubita, Escardó me pidió un prólogo para su libro. En aquella ocasión le dije que no me gustaba hacer prólogos; hoy es un deber que cumpliré gustoso. Días más tarde me visitó y me entregó el libro para las Ediciones R.

Sólo dos meses más de vida (no es pedir mucho, ¿verdad? —diría el pobre Rolando) y él hubiera visto editado su libro. Habría visto el triste cortejo de sus treinta y cinco años, de su vida aperreada, de sus hambres antológicas, de sus terrores, de sus postergaciones y de sus ayes, cambiados en la rica púrpura de la Poesía. Pero la muerte le negó esta catarsis, y se la negó precisamente en el momento en que Escardó veía la vida con más optimismo, en el momento en que una Revolución por la que había luchado se afirmaba cada día más, y en el momento en que él liquidaba una etapa de su vida y comenzaba otra.

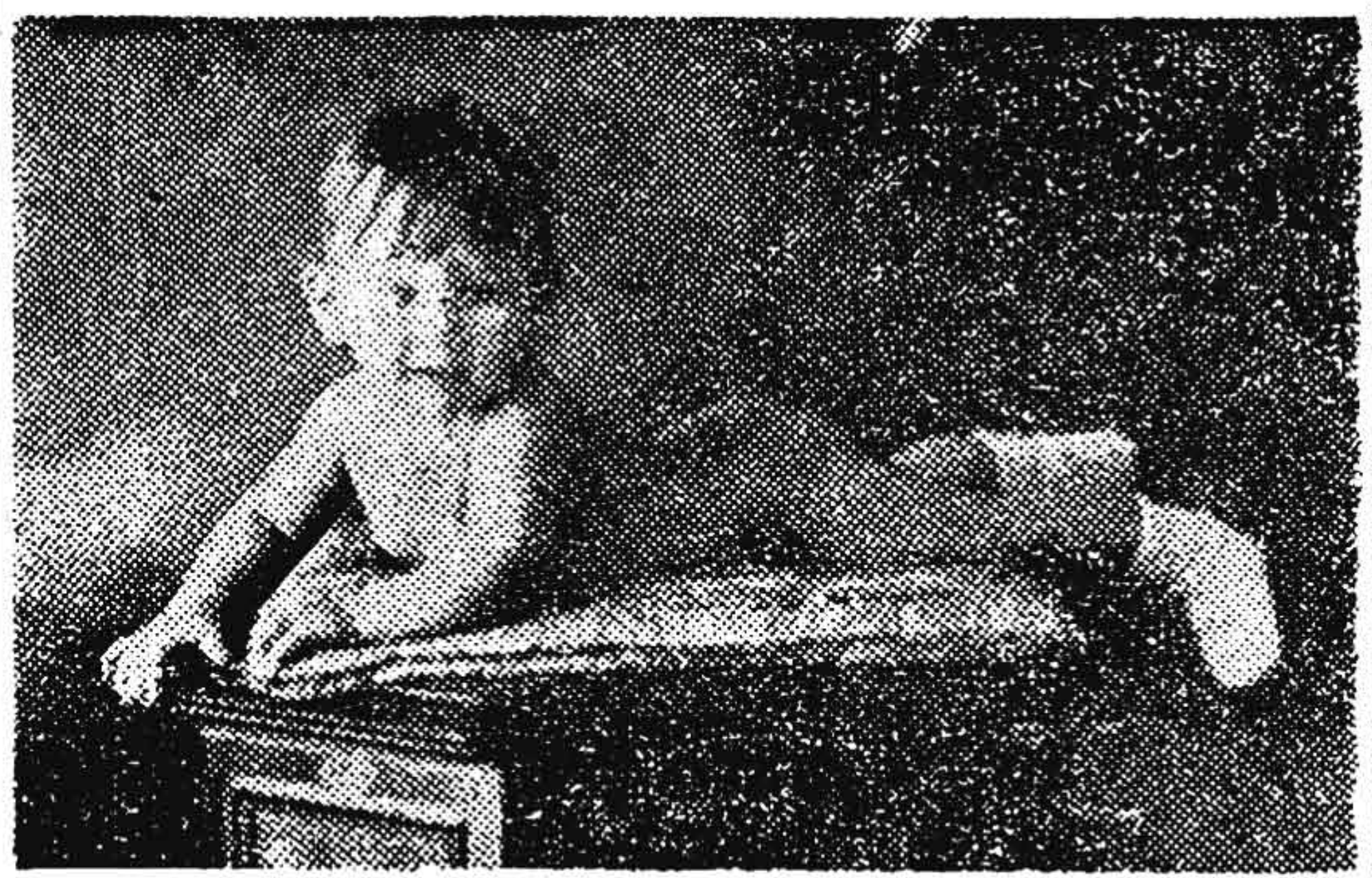
Aunque parezca cursi no estará de más decir aquí el cambio anímico operado en Escardó ante su vida asegurada, y la de su madre. Un día me lo encontré en una tienda comprando cosas para los dos. Me dijo: "Virgilio, ahora puedo darme el gusto de comprarme seis camisas y un corte de vestido para Mi Madre" (así la llamaba él). Esta madre era el otro gran amor de Rolando. A nadie extrañe, pues, que esos versos, los primeros que escribió, dedicados a ella aparezcan en este Homenaje. Son convencionales y son malos pero debemos a los muertos ciertos miramientos, y éste es uno de ellos.

No sería exageración decir que Escardó se sentía optimista: como su alma nunca estuvo viciada pudo resistir toda la carga sórdida de esa miseria de tantos años. Ahora por fin respiraba a pleno pulmón. Como miembro del Ejército Rebelde trabajaba activamente en el desarrollo de Cooperativas, construcción de casas en la zona de la Ciénaga de Zapata, en la zona de Camagüey, etc., y como si ello fuera poco se dedicó a la gran tarea de preparar el Primer Encuentro de Poetas Cubanos.

Pero tal interregno feliz (apenas duró año y medio) se vió brutalmente liquidado la mañana del domingo 16 de este mes de octubre. Una rueda que se desgrana, un vuelco y Escardó deja de proyectar su sombra en este mundo.

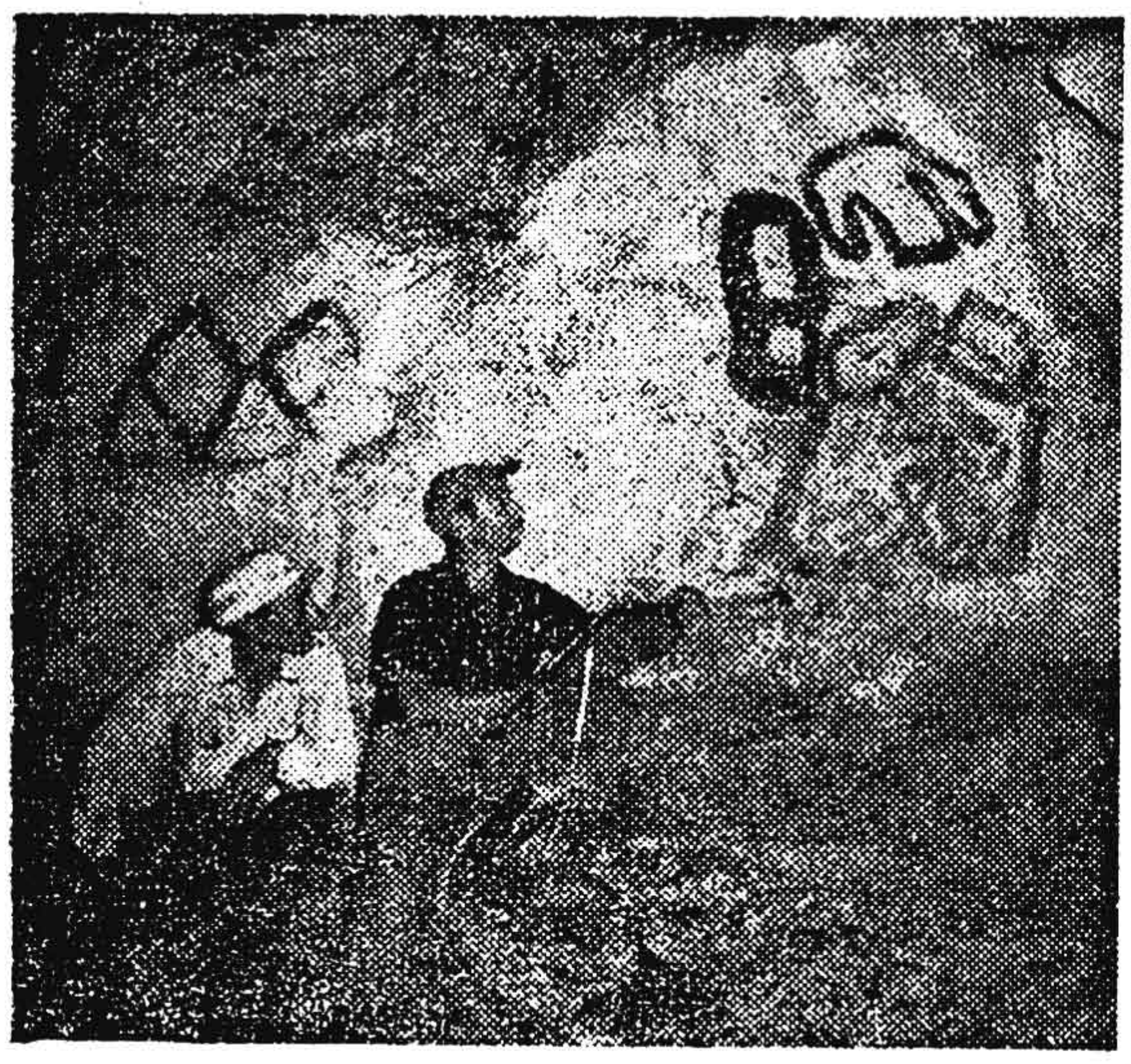
Ahora, con este número de *Lunes*, le rendimos homenaje. Los homenajes se dividen en merecidos e inmerecidos. El número de los segundos es infinitamente mayor que el de los primeros. Así son los hombres, pero en el caso de Escardó la heroicidad de su vida y la calidad de su obra, sumada al dolor que todos experimentamos ante su muerte, hacen más que merecido este homenaje. Al mismo se han sumado sus amigos, sus admiradores, y la familia misma, que ha tenido la amabilidad de cedernos sus manuscritos, dibujos y fotos para la composición de este *Lunes*. Muchas gracias a todos y eterna vida poética para Rolando Escardó.

Virgilio Piñera



ROLANDO ESCARDO

marzo 7, 1925
octubre 16, 1960



POESIA

PERDON, MADRE MIA

¡Madre!... ¡Madre!
Tú bendita mil veces madre mía.
Tú que infundes valor a mi alma.
Sólo por ti soporto esta agonía,
Sólo por ti todo mi ser se muestra en calma.

Desdichado de aquél que no la tenga
porque está expuesto a la maldad humana,
sólo le pido a Dios que me sostenga,
a mi querida madre aún blanca en canas.

Yo que mil veces madre mía
te hice vivir momentos angustiosos,
le pido a Dios perdón día tras día
al ver tu corazón tan doloroso.

Tú tan buena, tan santa, madre mía.
¡Oh!... Madre, madre sacra, madre rea,
tú la imagen en vida de María,
¡Tú!... En nombre del Señor, ¡bendita seas!...
Castillo del Príncipe La Habana, septiembre 24 de 1946.
Nueve y media de la mañana a diez menos cuarto.

CANTO

... y el canto ha de ser la vida
dentro de mi propia muerte
tirando el dado a mi suerte
sangrando por esta herida

dando gritos que no sé
desde entonces hasta hoy
dentro de tanta pared
metido asi como estoy

y me procuro y contento
chapalando entre mis vicios
soy algo así como el viento
soplado a los precipicios

y mientras más yo me quejo
más se hace eterna la duda.
¡Ay..., mis huesos y pellejos
sobre la isla de Cuba!

CON ESA SIMPLICIDAD

Con esa simplicidad que es la muerte
con esa decisión tan natural
en la entrañable ronda,
la majestad del último resuello
el vaporoso siniestro
en la hora precisa,
el instante roto en la penumbra
del cuarto y esos ayes
confundidos
que llenan las paredes
el sudor de la perlada
frente en el pañuelo
y la necesidad de hacer notar
el sollozo particular
el verso que se desgaja
de la madera que es su muerte.
Demasiado ajetreo de cuerpos,
bandejas de cigarrillos,
queso.
Esta es la terminal donde
paran todos los "trenes".
Las botellas amontonadas
en el sueño de la tercera habitación
y el muerto bajo los arquitrabes del salón.
La innumerable chumacera del llanto
en torno al féretro
se aguanta.
El chiste del marinero alemán
virtualmente
se ha ensañado.
Dije que no se deben alquilar
las manos.
Ahí está el pobre imbécil tieso
entre cuatro tablas.
Como la cosa más natural
como esa voluntad cotidiana
de concurrir al trabajo,
de sentarse a mirar
es el afán de la virtual locura
la imprecisa razón
del árbol que se mueve seco
o la espontaneidad
del que procura la derrota,
cuando la desventura ronda
en la ciudad,
cuando ya se termina
y las voces del último doliente
chapalea tierra,
donde el filo de luz
penetra en el sopor
y se desploma la manzana del día,
cuando el ruido nocturno
reaparece
en su símbolo muerto
o de la timidez del aire
se desnuda la sola onda
o cuando en horas, consumido,
el alma viva de la muerte espero.
En la casualidad del día
la cóncava tecla,
la cuadruplicidad de la materia.
En el orden de la familiaridad
y el contacto que arrastra ese choque,
en la proximidad de la alta hora.
Recuerdo cuando sus manos
no estaban alquiladas,
cuando su cuerpo
no era una mansión destruída.

ALGO SE ROMPE EN MI

I

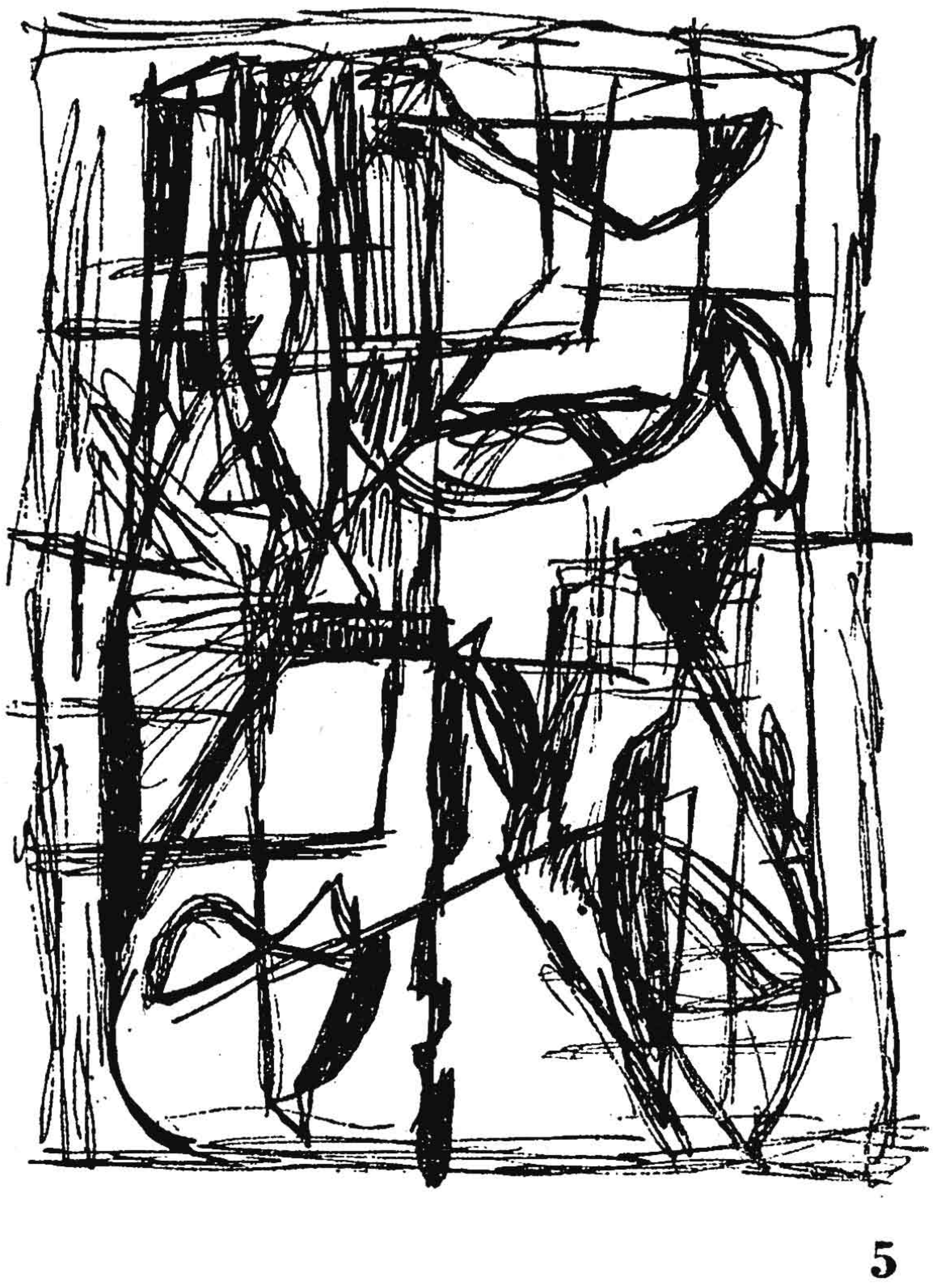
Algo se rompe en mí,
algo se pierde, algo que ya no sé.
Recordando la música que rompe las paredes,
los bloques de esta nada
que envuelven de preguntas mi alma.

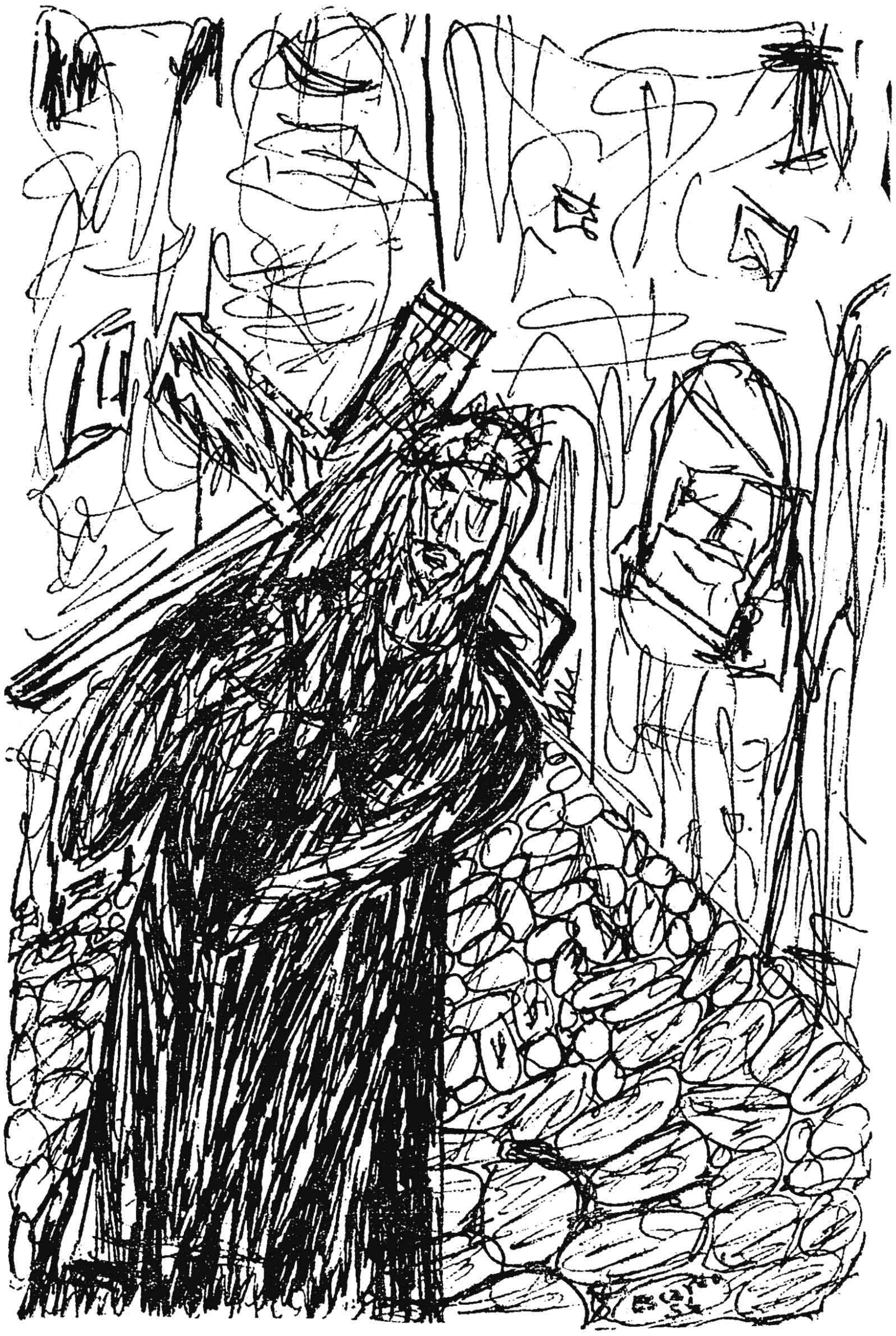
II

La antigua forma del espanto vuelve,
ya no quiere
nunca más finalizar;
pues me parece,
pues creo, a veces en el miedo,
y que habrán de renacer días fatídicos,
que llamo y que estoy buscando
y no responden.

III

Bestial hachazo que golpea
el árbol;
esta tierra que espera engendrar
bellos animales,
dulces formas del miedo
que invento.





EL LUGAR

El lugar de la vida en que estoy muriendo
en una oscuridad constante
en un mundo de miedo
sin linternas
sin luces
una tea es el miedo
ardiéndome en las venas
sin tregua
sin remedio.
Se me queman los huesos
las campanas se rajan
el susto prende las antorchas
en las miradas de entrepaños negros.
El zarandeo construyendo juegos
ruedan las piedras
se desprenden del alma.
Cierto...
Cierto es que estoy despierto
que no sueño
que no estoy muerto.
Y todo es tan oscuro
y se agranda la cueva
¿y me pierdo?

LOS AMIGOS

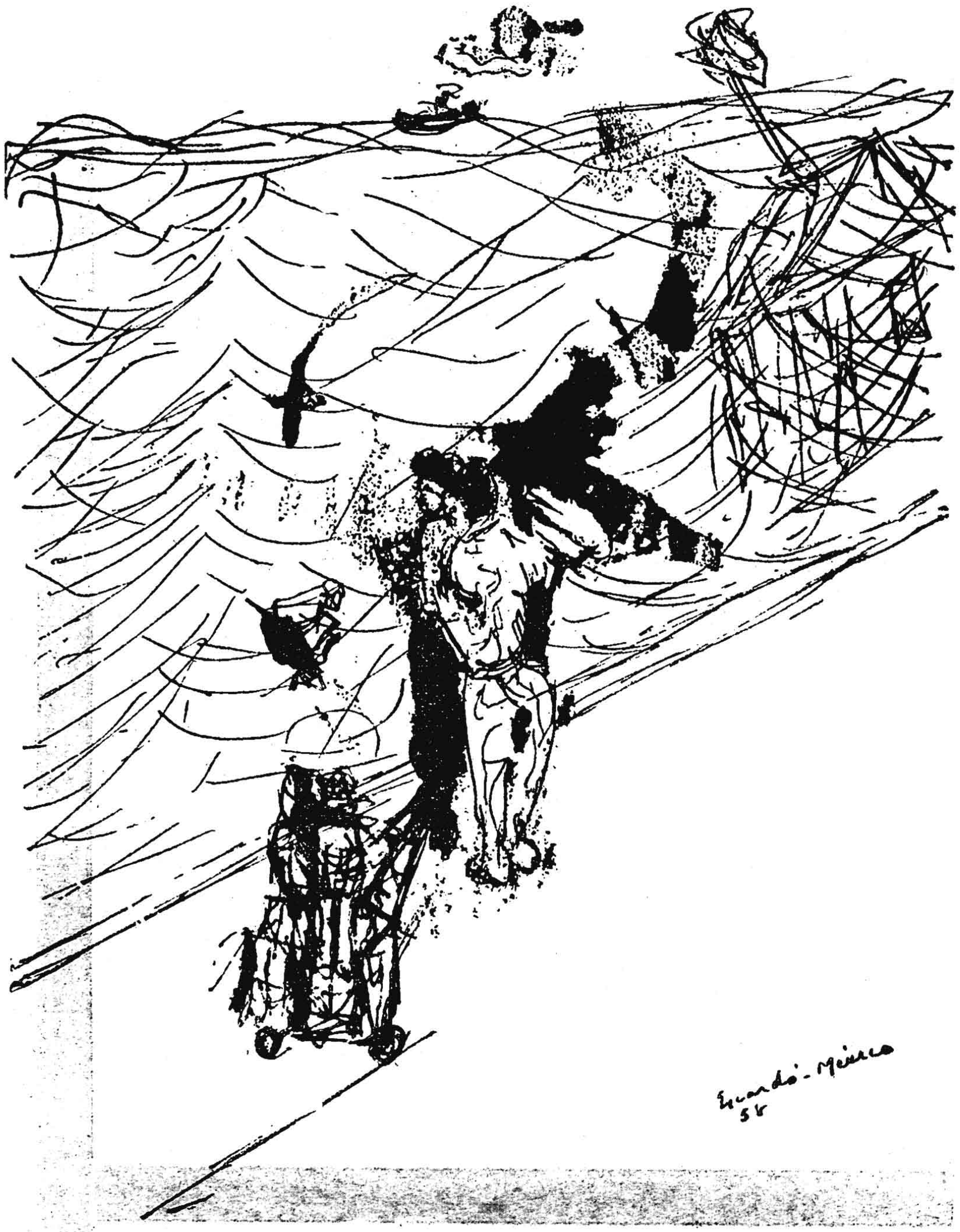
Quisiera en esta tarde los amigos,
los que han sido,
los que serán mañana,
todos en torno mío,
como junto a un montón
de leña ardiendo.

Quisiera en esta tarde su bullicio,
y sus palabras desbordadas
hacia mi corazón,
en esta hora aciaga
en que me estiro
como un grito
lanzado desde mí.

Ciertamente, quisiera
ahora los amigos,
los que han sido,
los que serán reunidos
junto a mí,
parte de mi existencia plena.

¡Los amigos! ¡Los amigos!

1954



POESIA

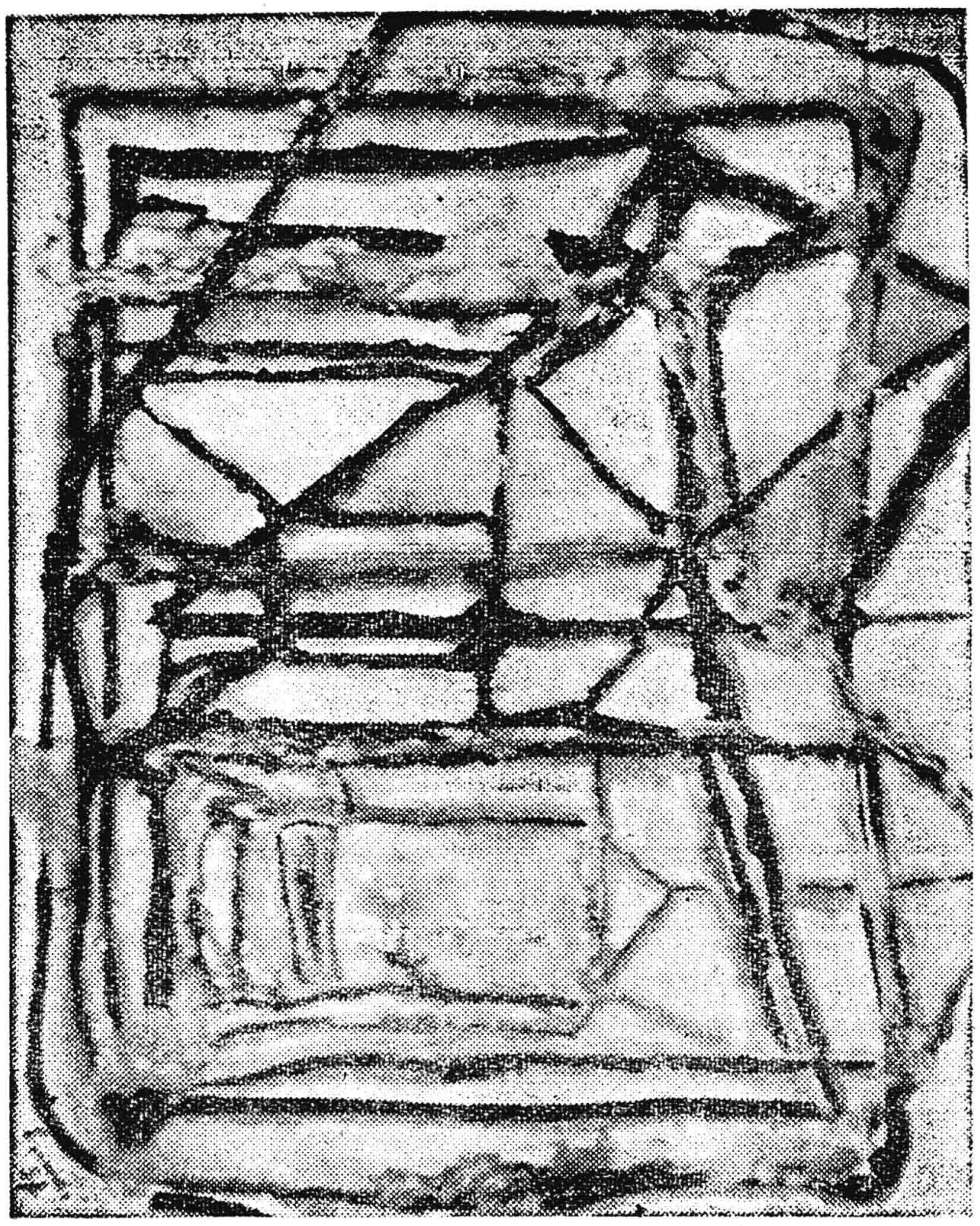
La mañana en que todo se acabe
el día que me pierda
me alzaré desde el fondo
bajo el cielo de nubes invernales.
Será el día que me salve
cuando todo comience
y el mundo se acabe.
Si salgo ahora,
¿adónde iré?
¿quién espera el designio de mi muerte?
No soy un huérfano en la tierra
mientras este poeta viva en ella...
¿Nací tan solo para ser un grito?
La esperanza en el mundo es mi alegría.

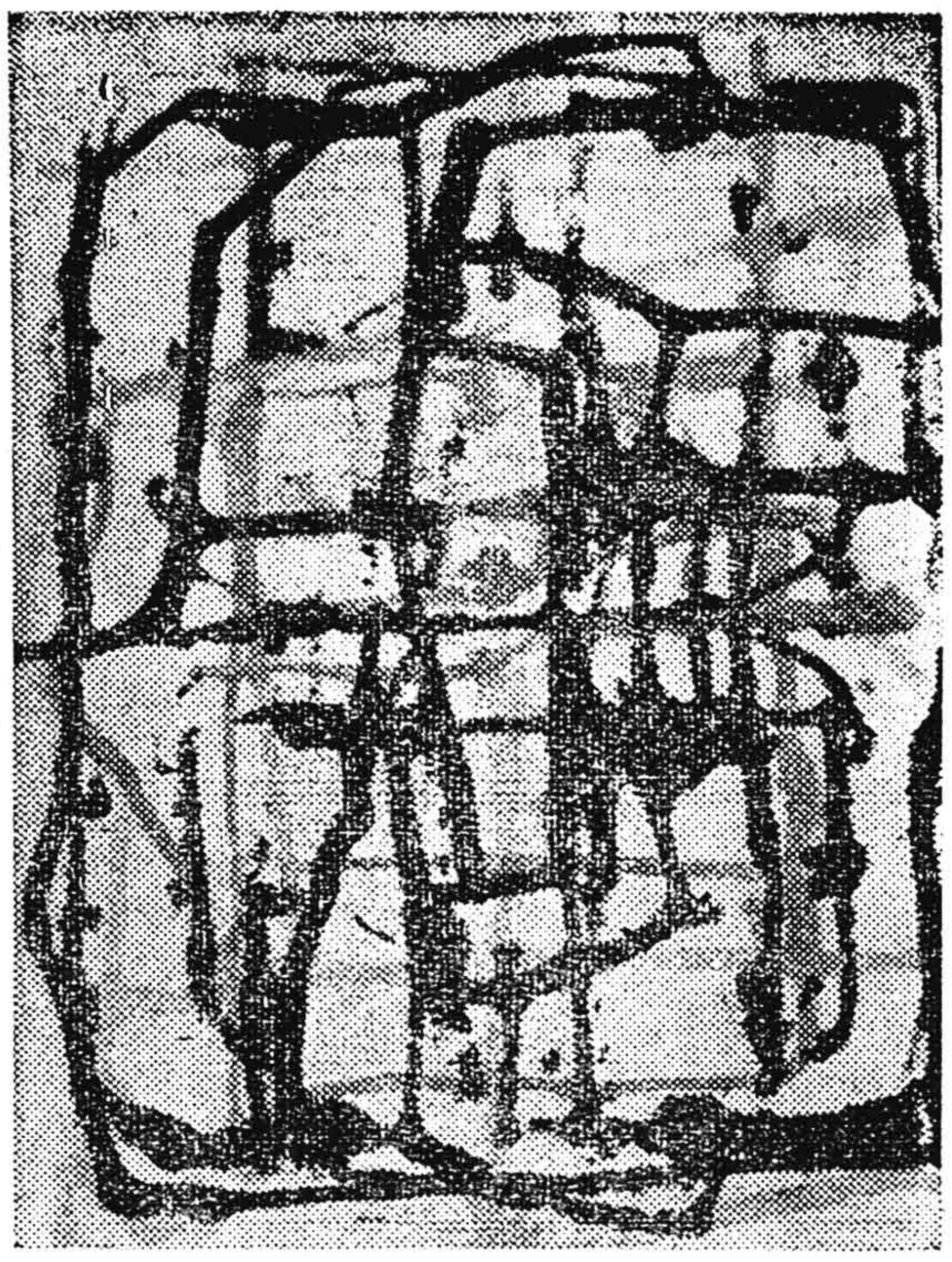
A LOS POETAS

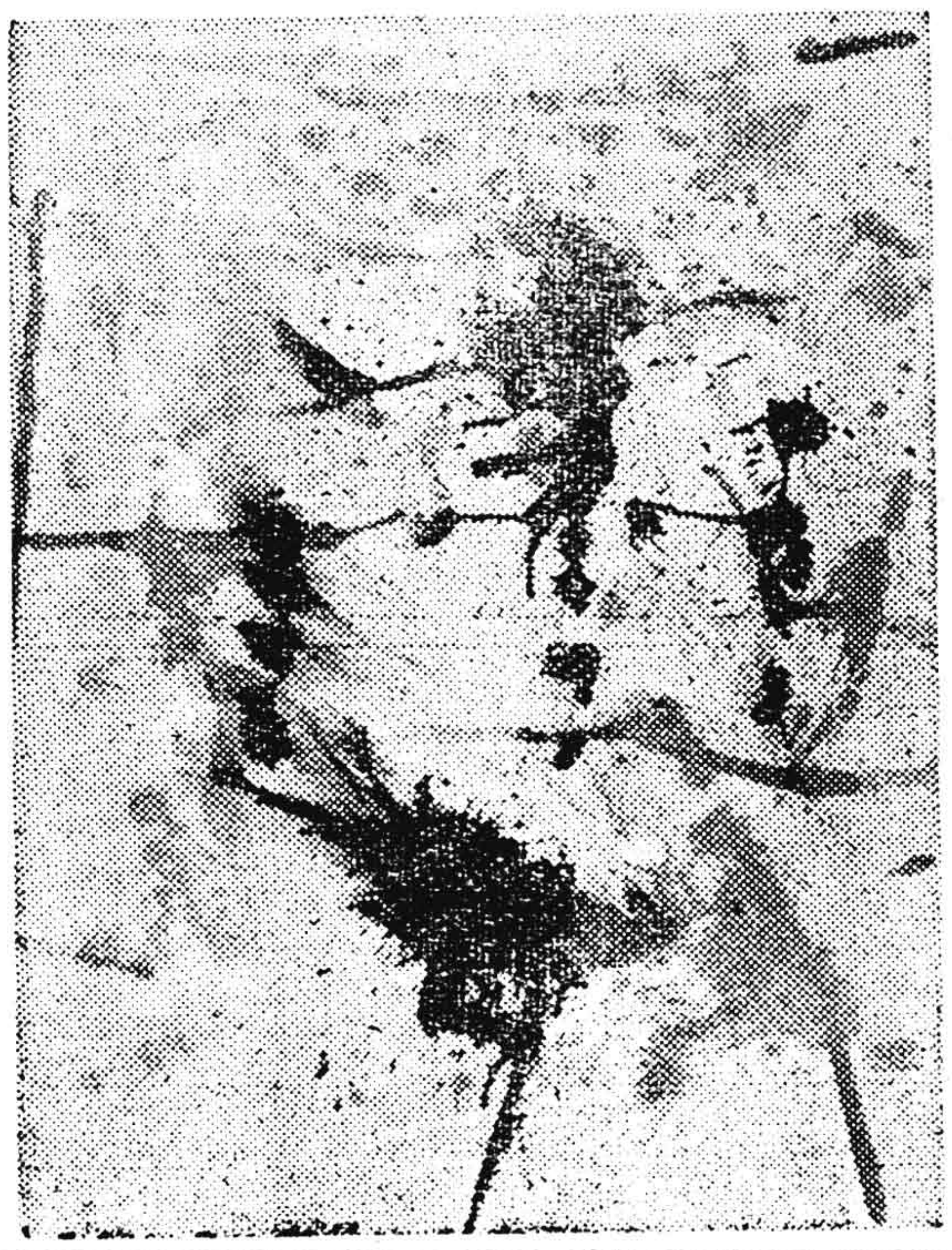
Portémonos como buenos niños
que no se caiga el deseo
por nuestro ojo
que no hay que llegar
a ningún lado en particular
porque el llanto no es para los muertos
mas la fe es del que vive
y el reconocimiento es para la paciencia
del que escribe

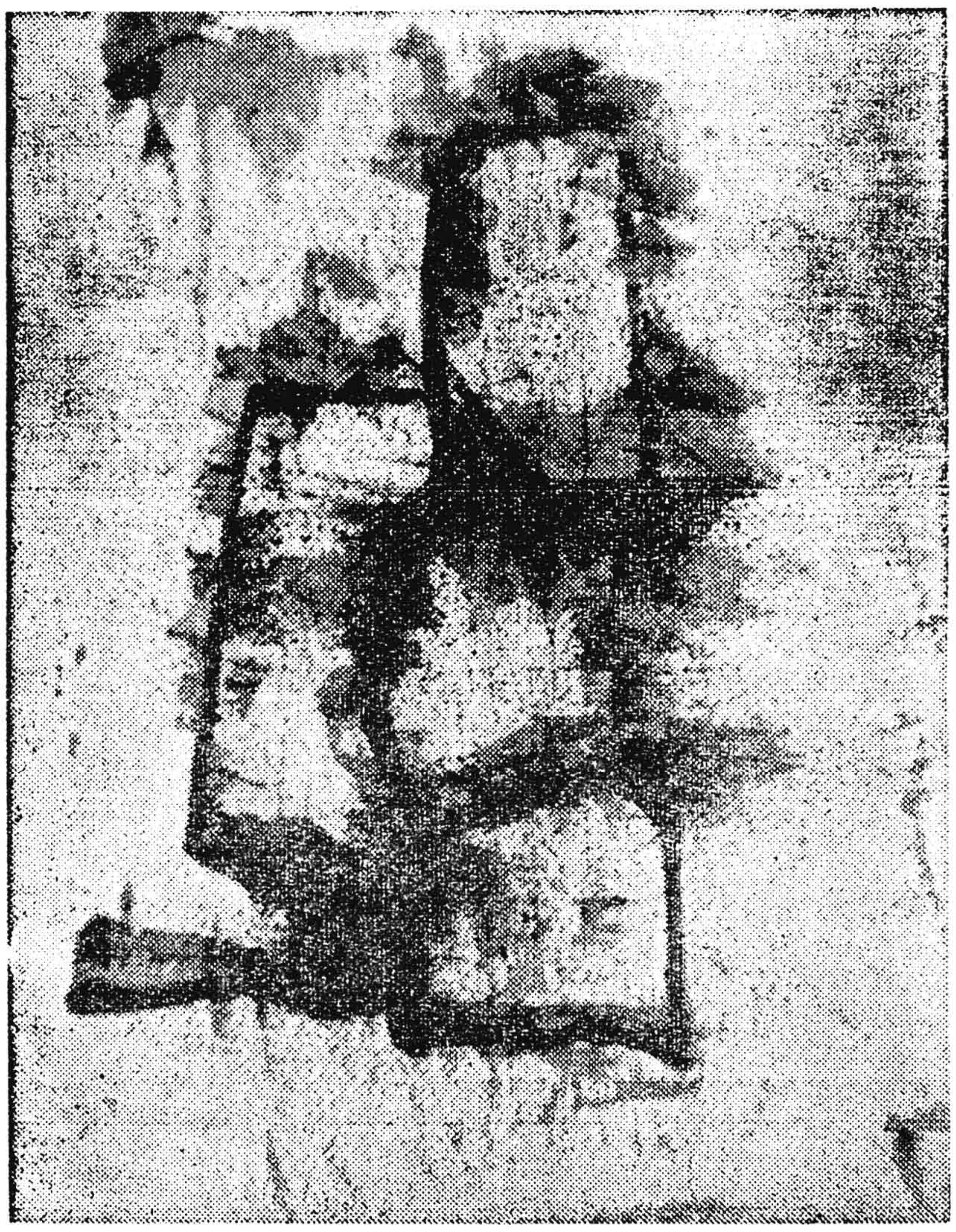
*

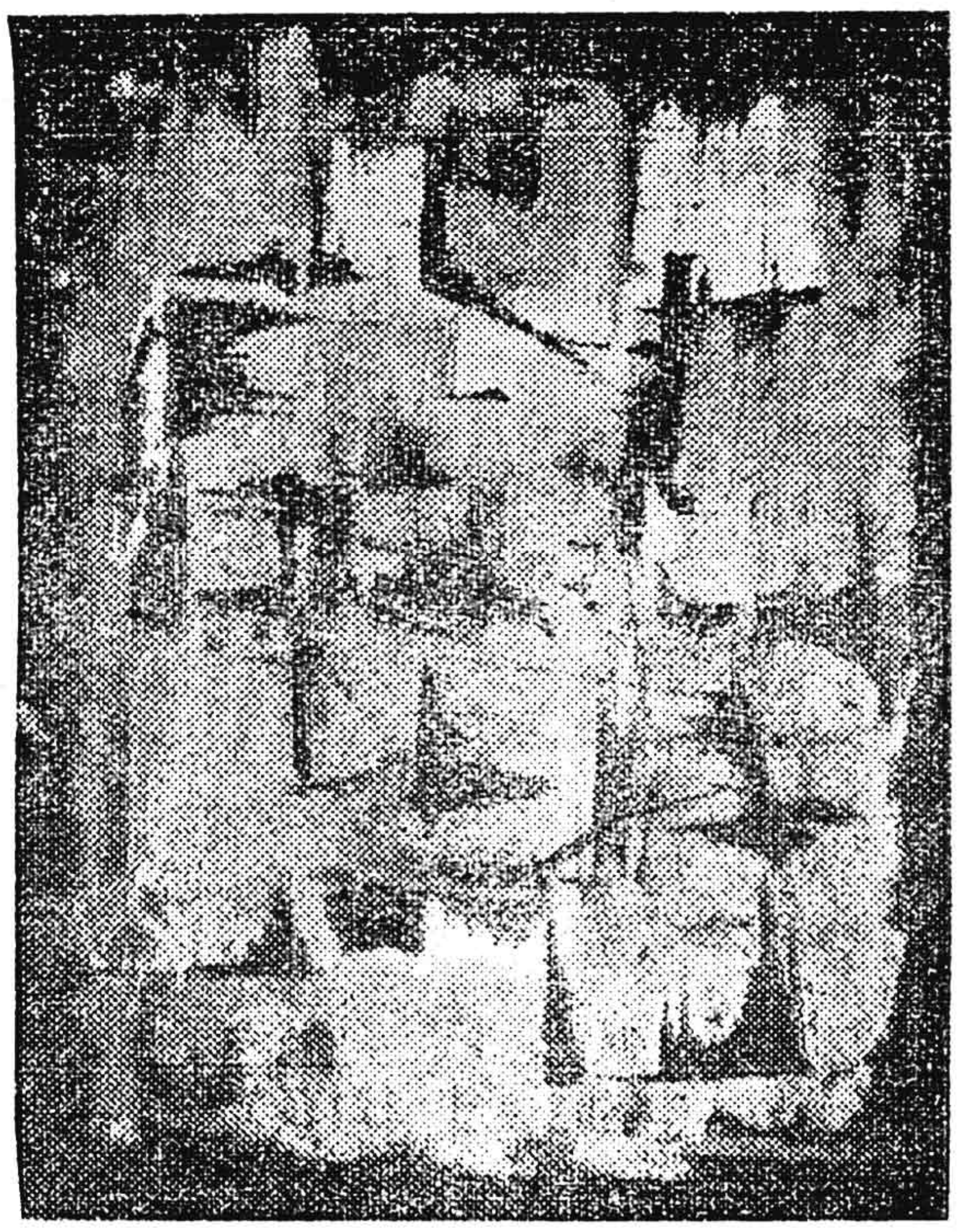
Hoy he visto a mi padre.
Con sus ojos estrábicos
mi amigo Pedro lo miraba,
y después, cuando nos fuimos,
aleteaba sus brazos diciéndonos adiós
besándonos desde lo lejos en su muerte.
Bajamos la falda de la loma
atravesando el mar como las olas...

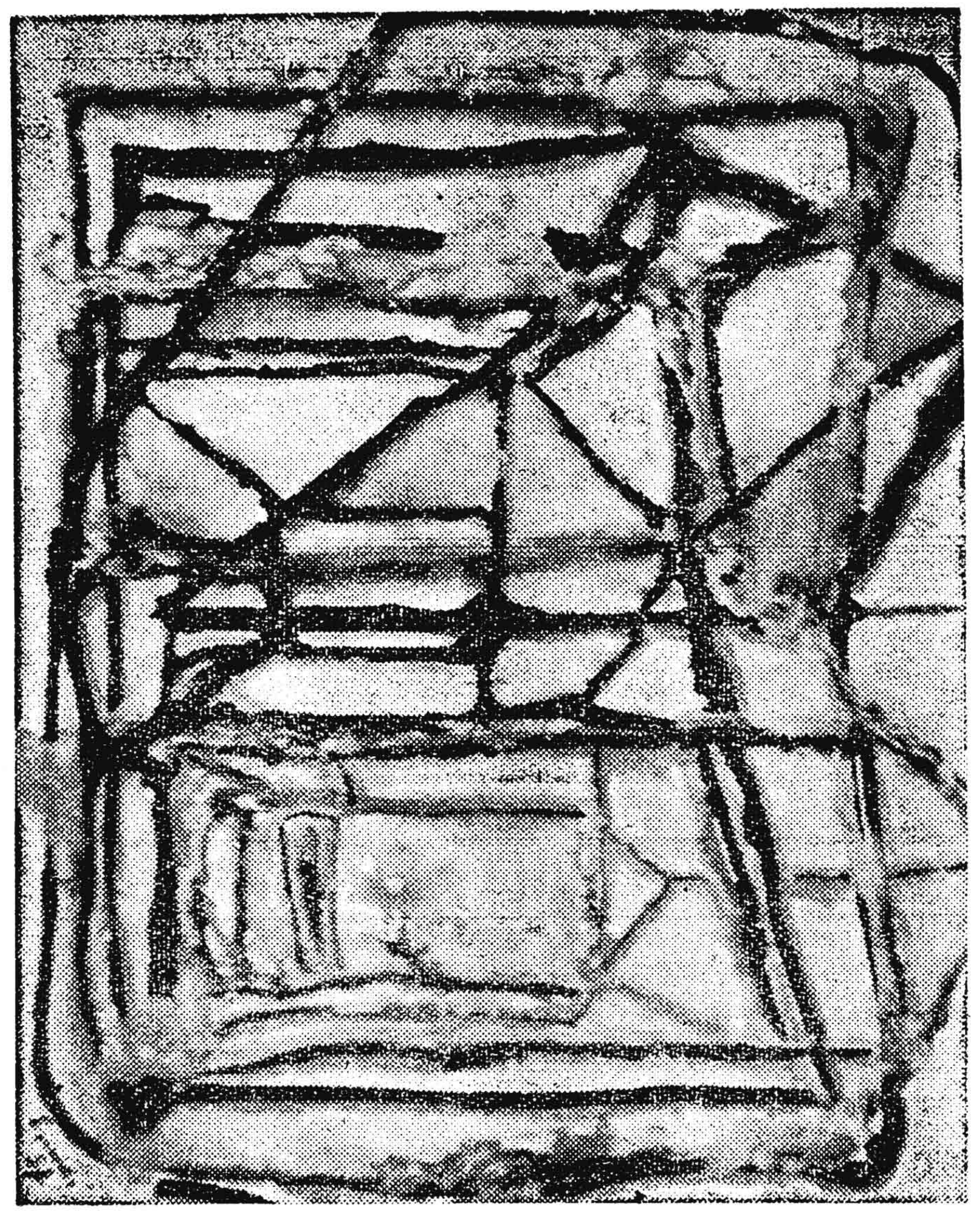


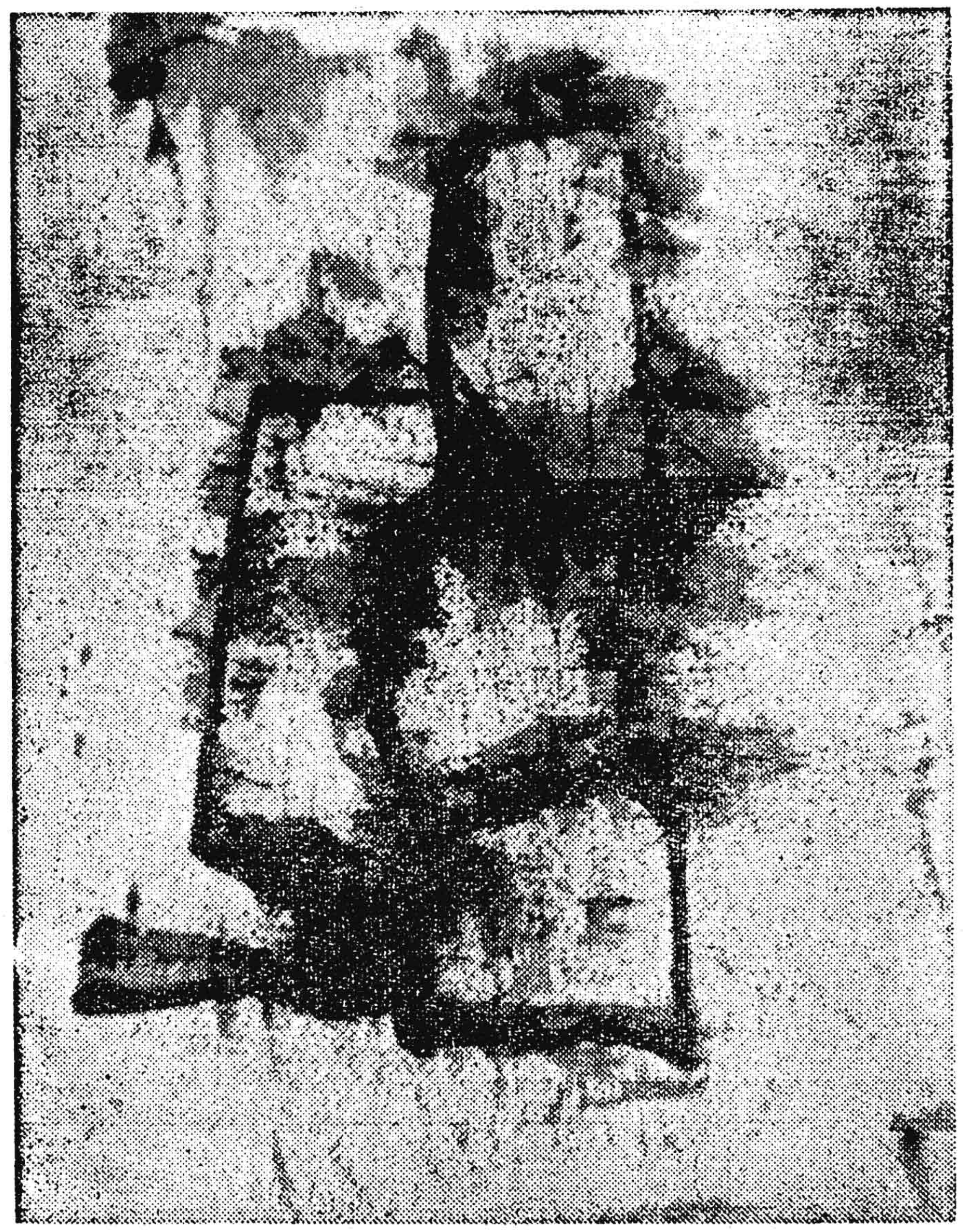


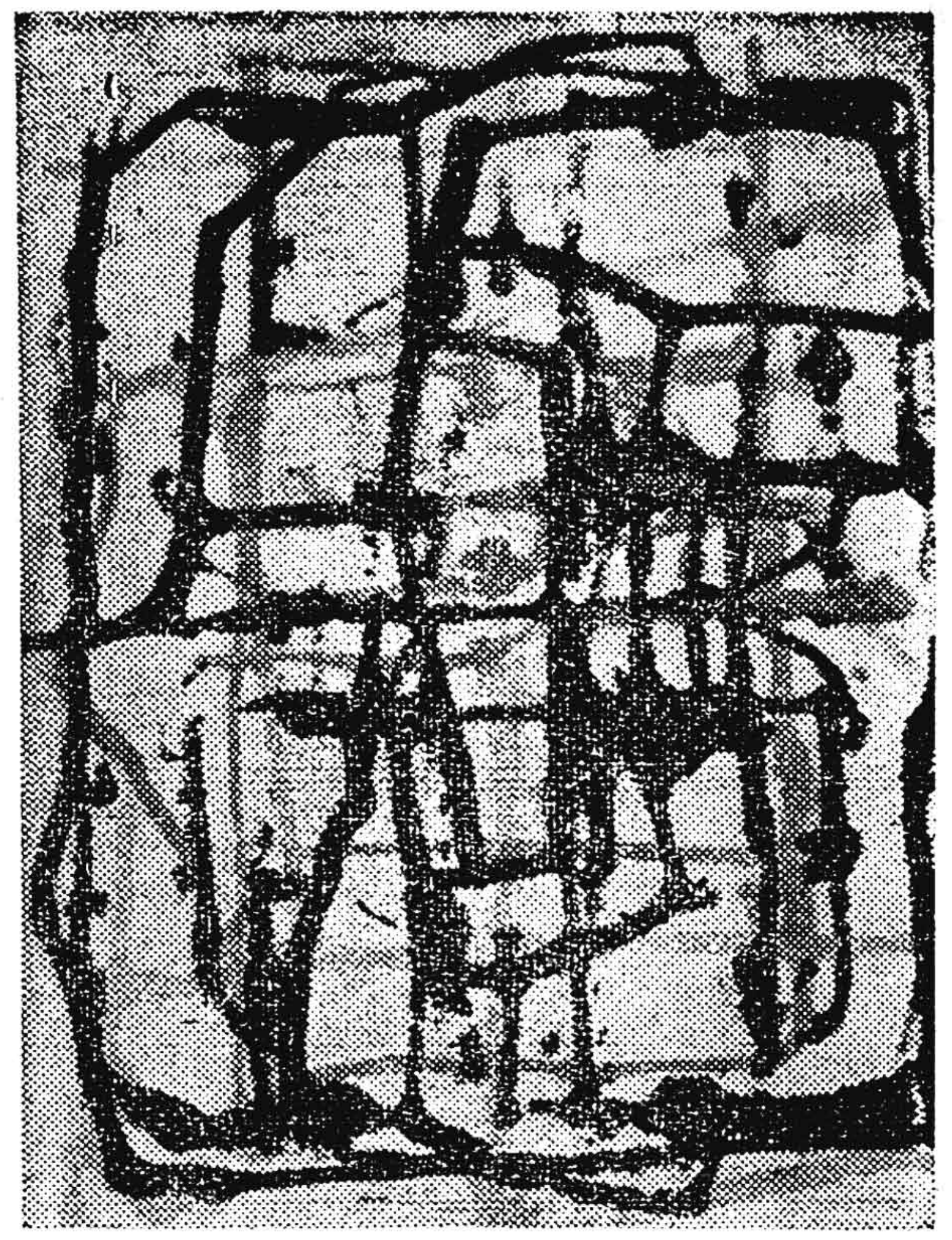


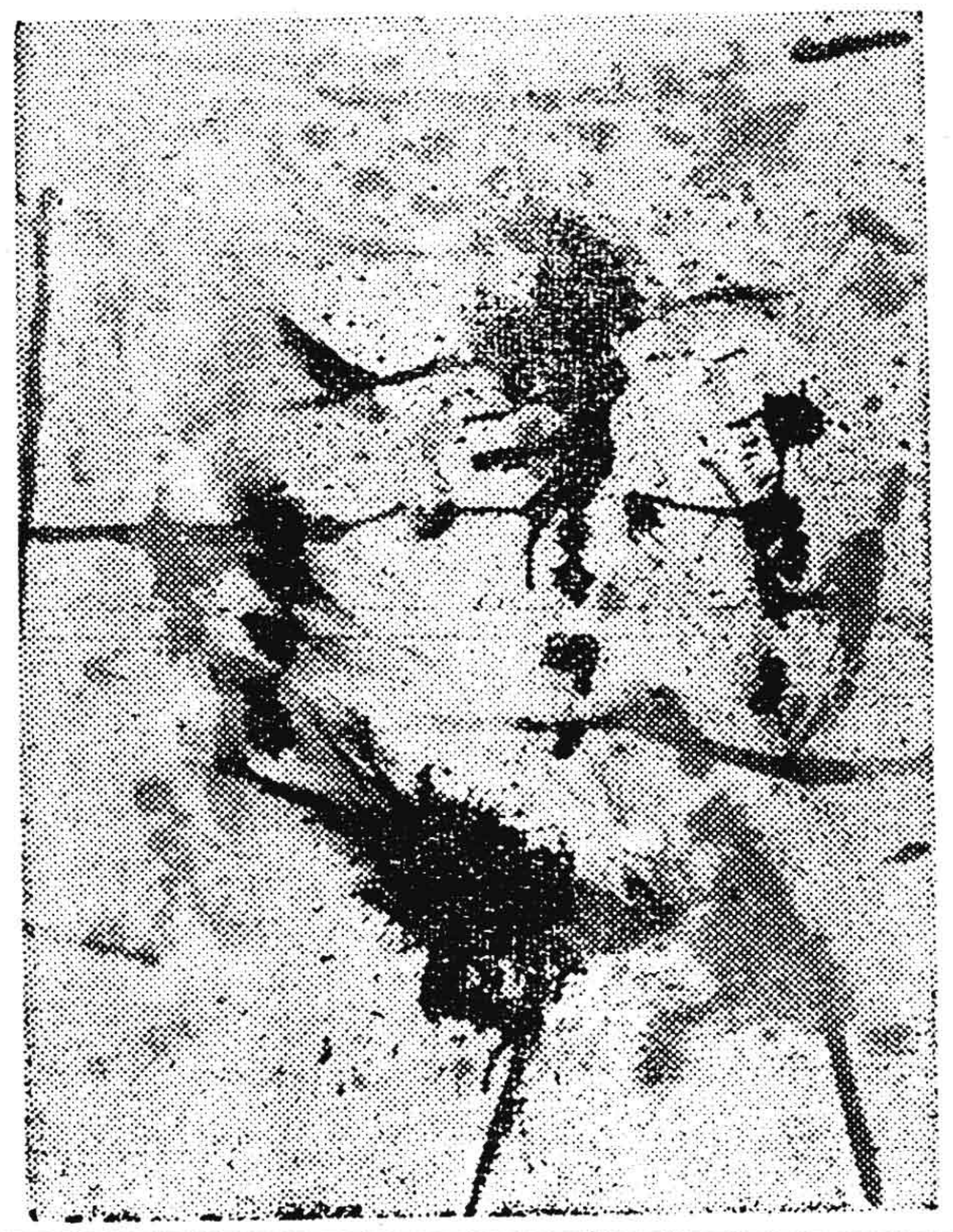


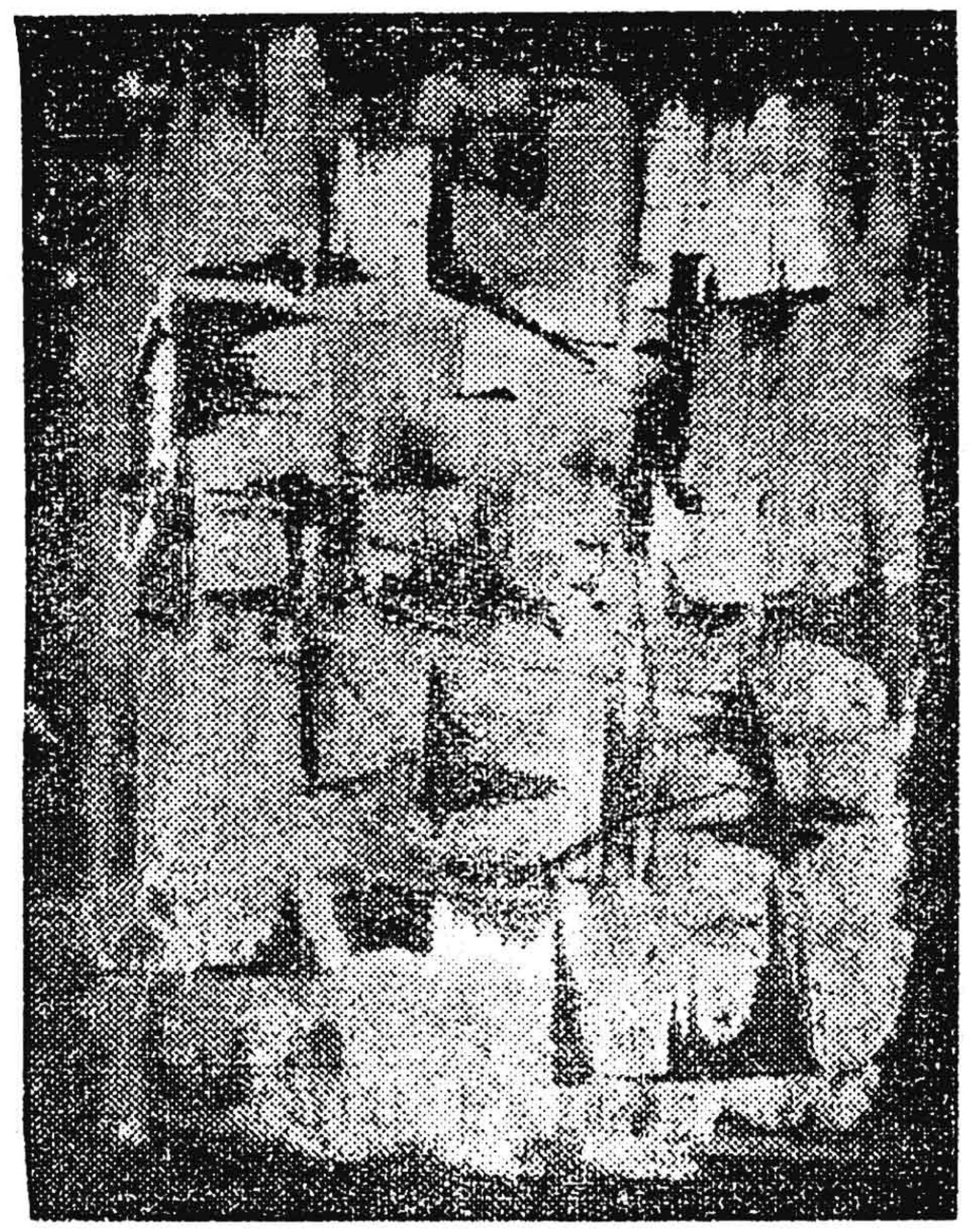


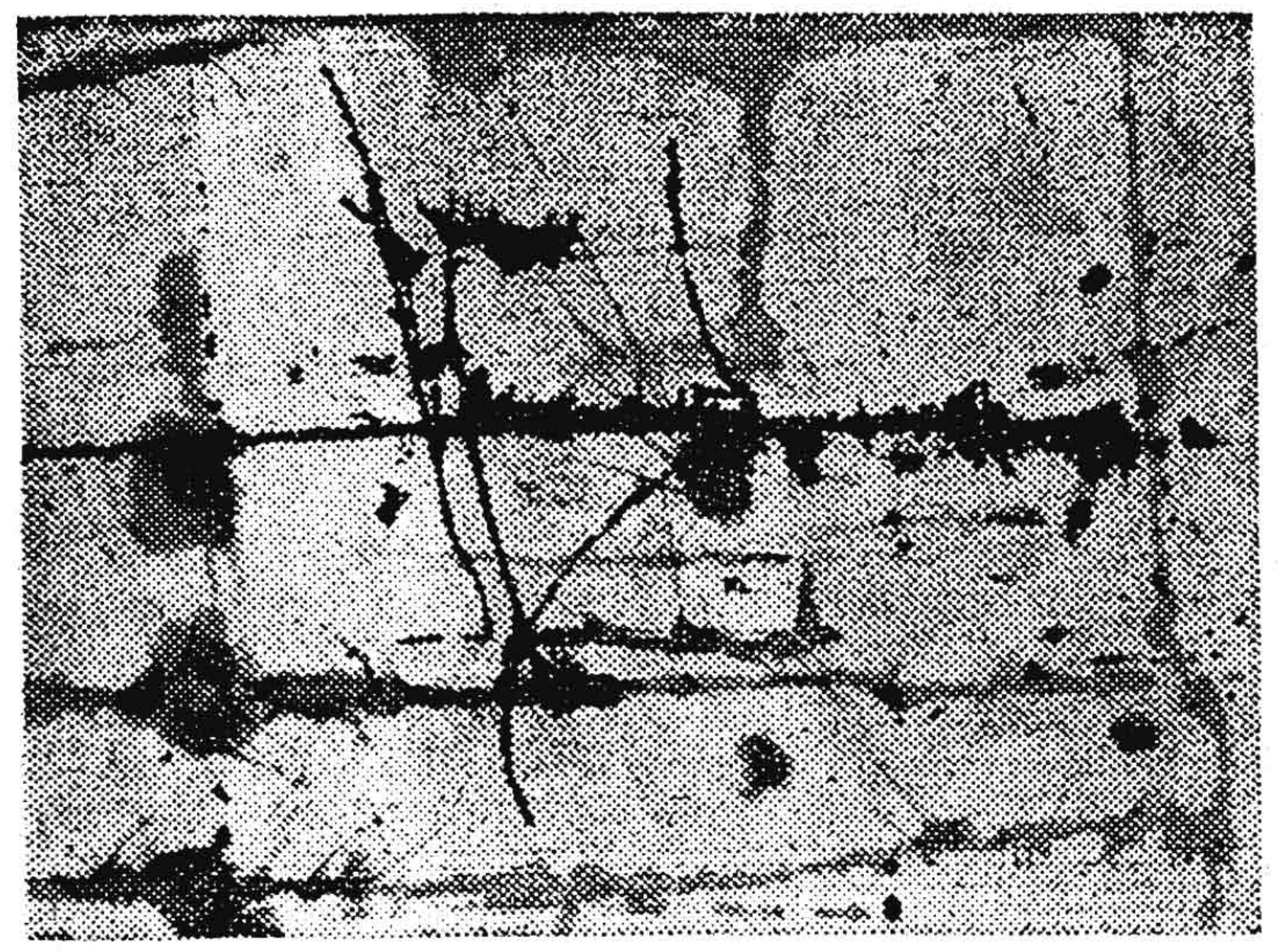


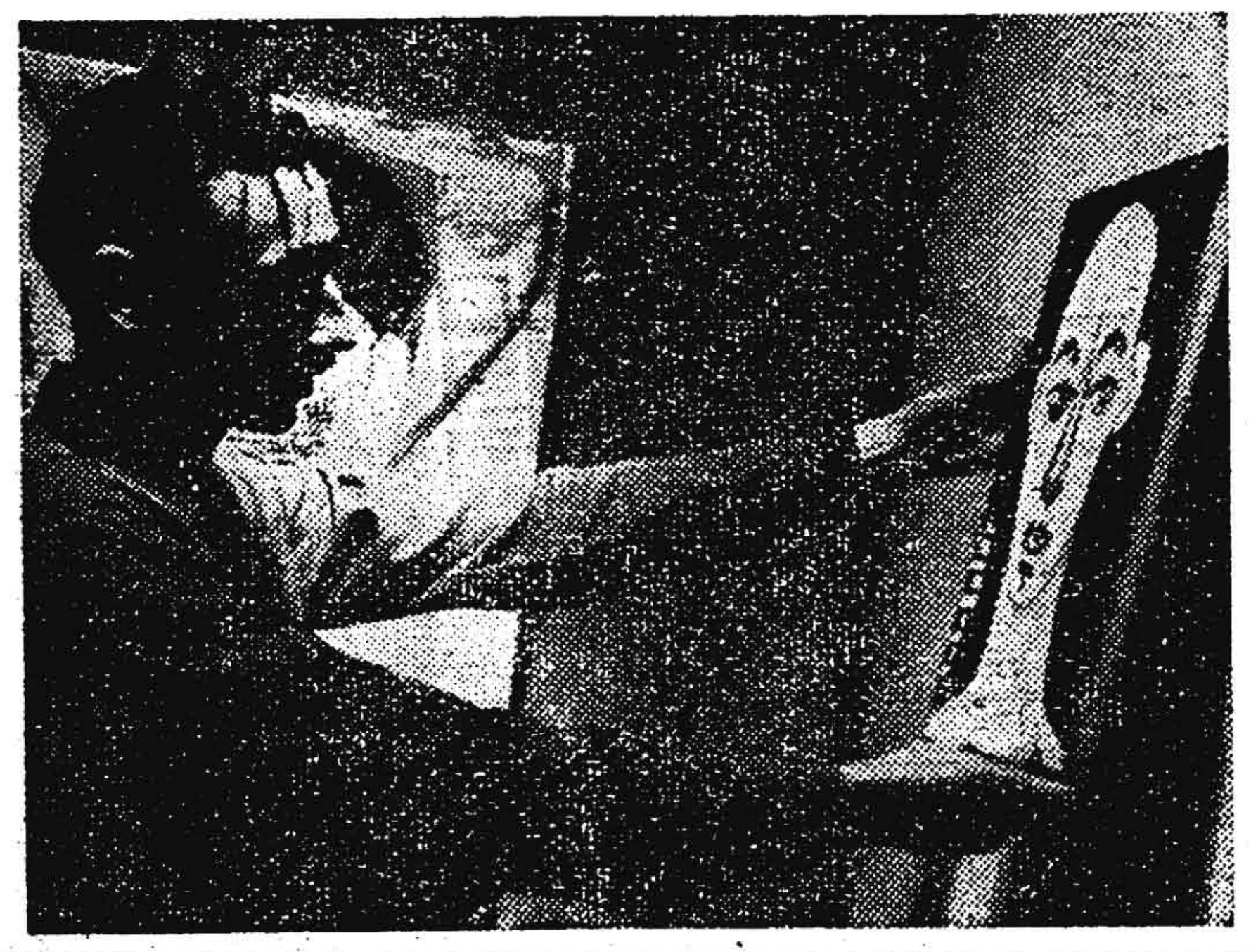






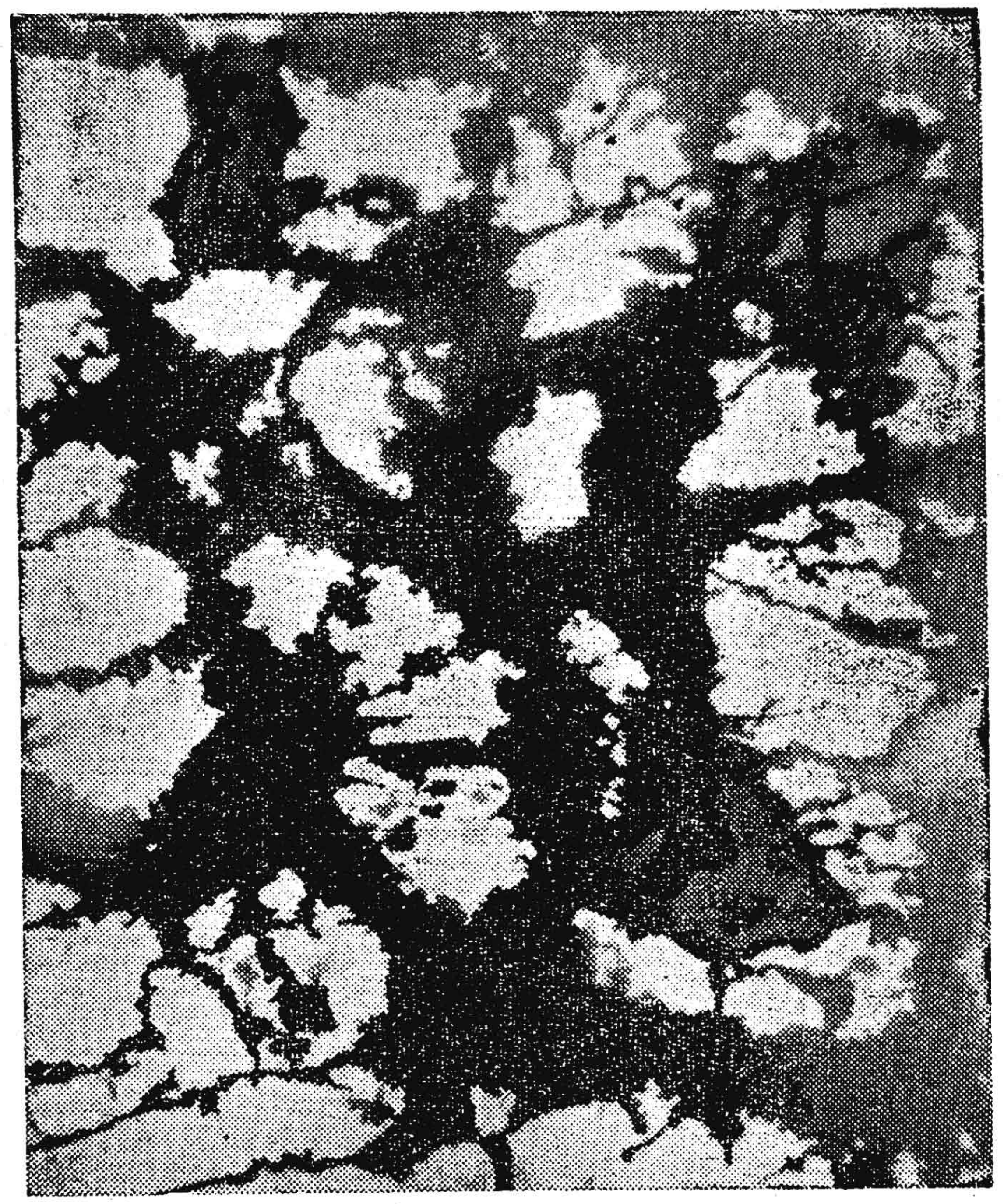


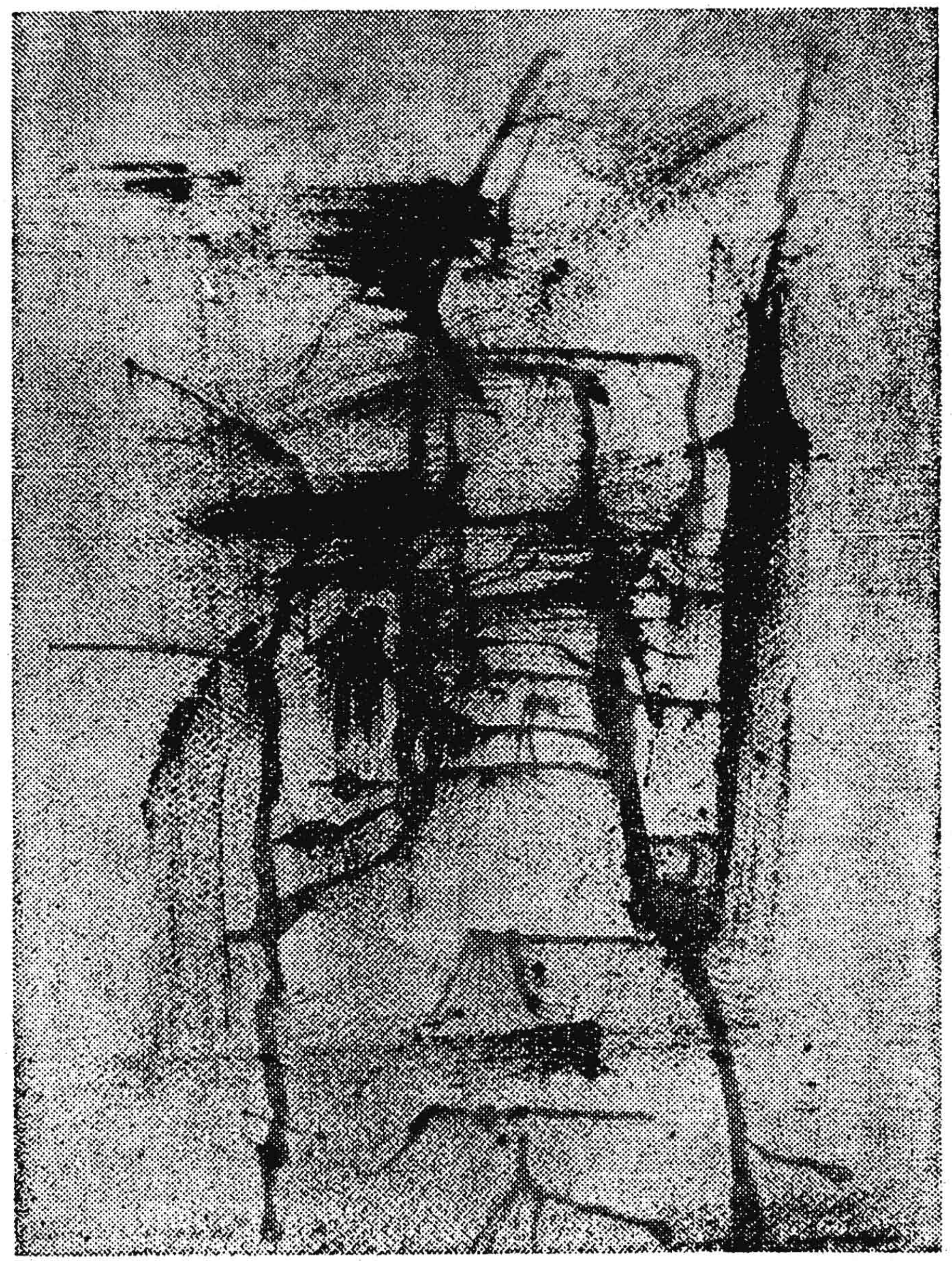


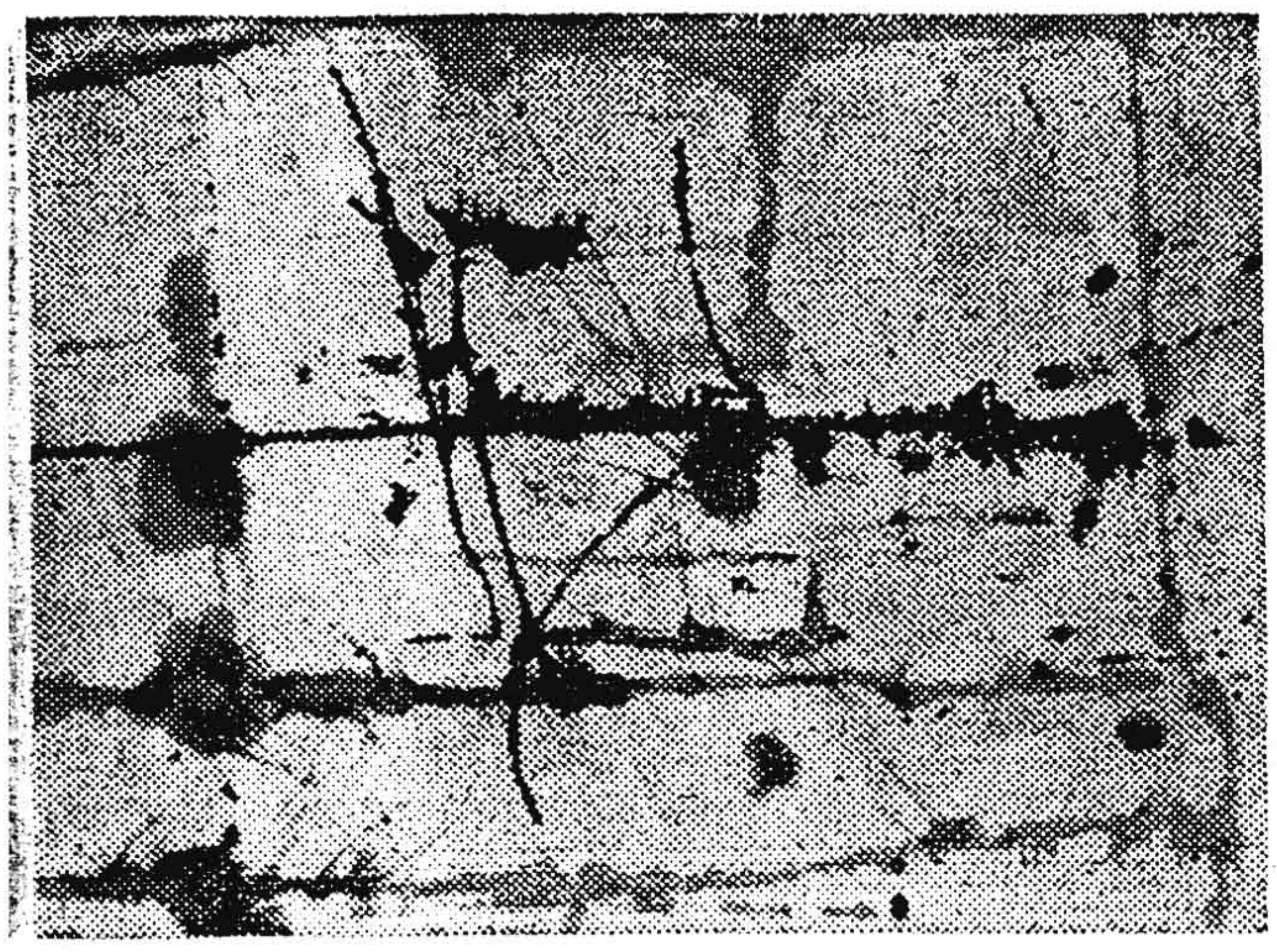


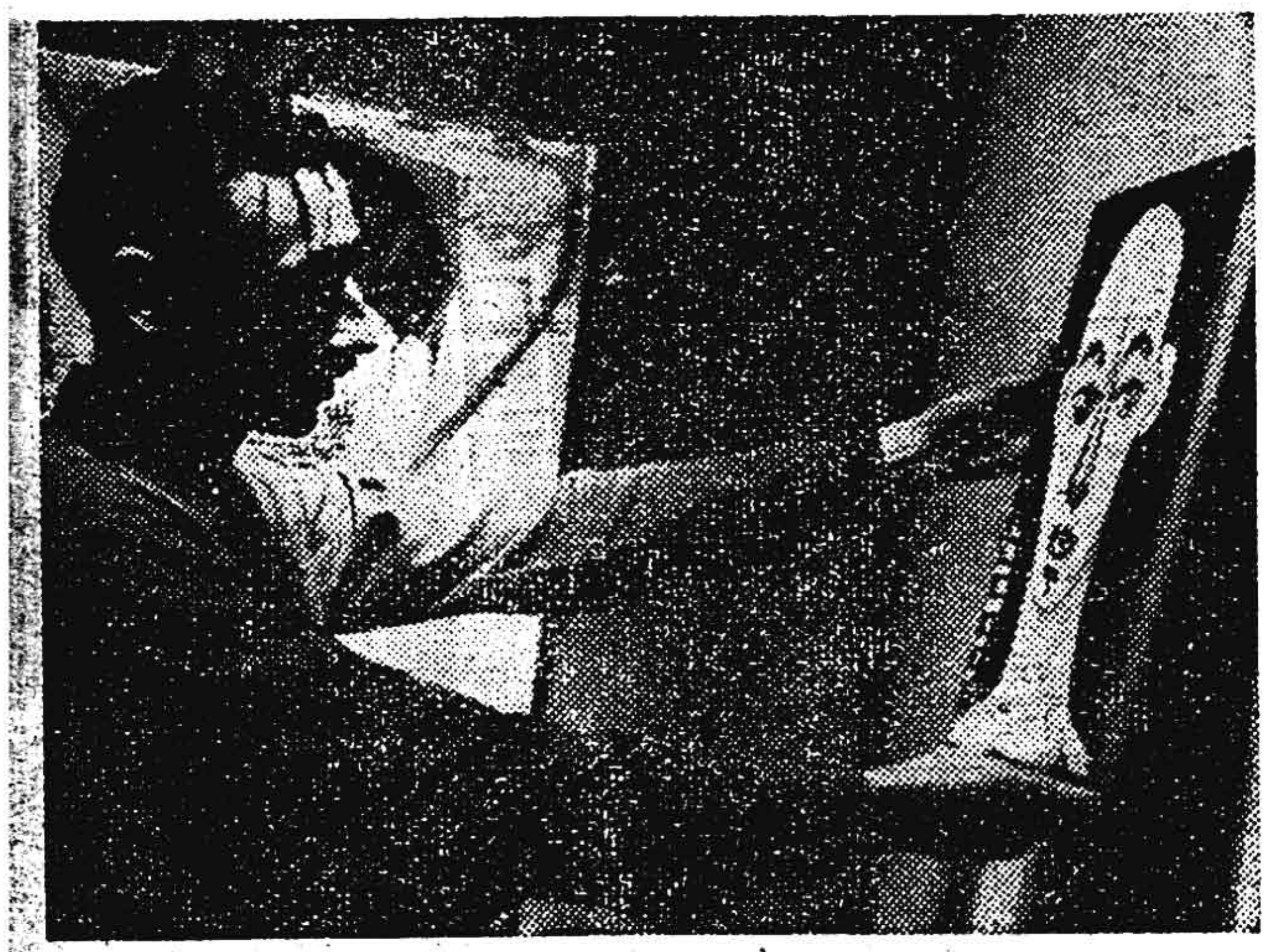
LA PINTURA DE ROLANDO

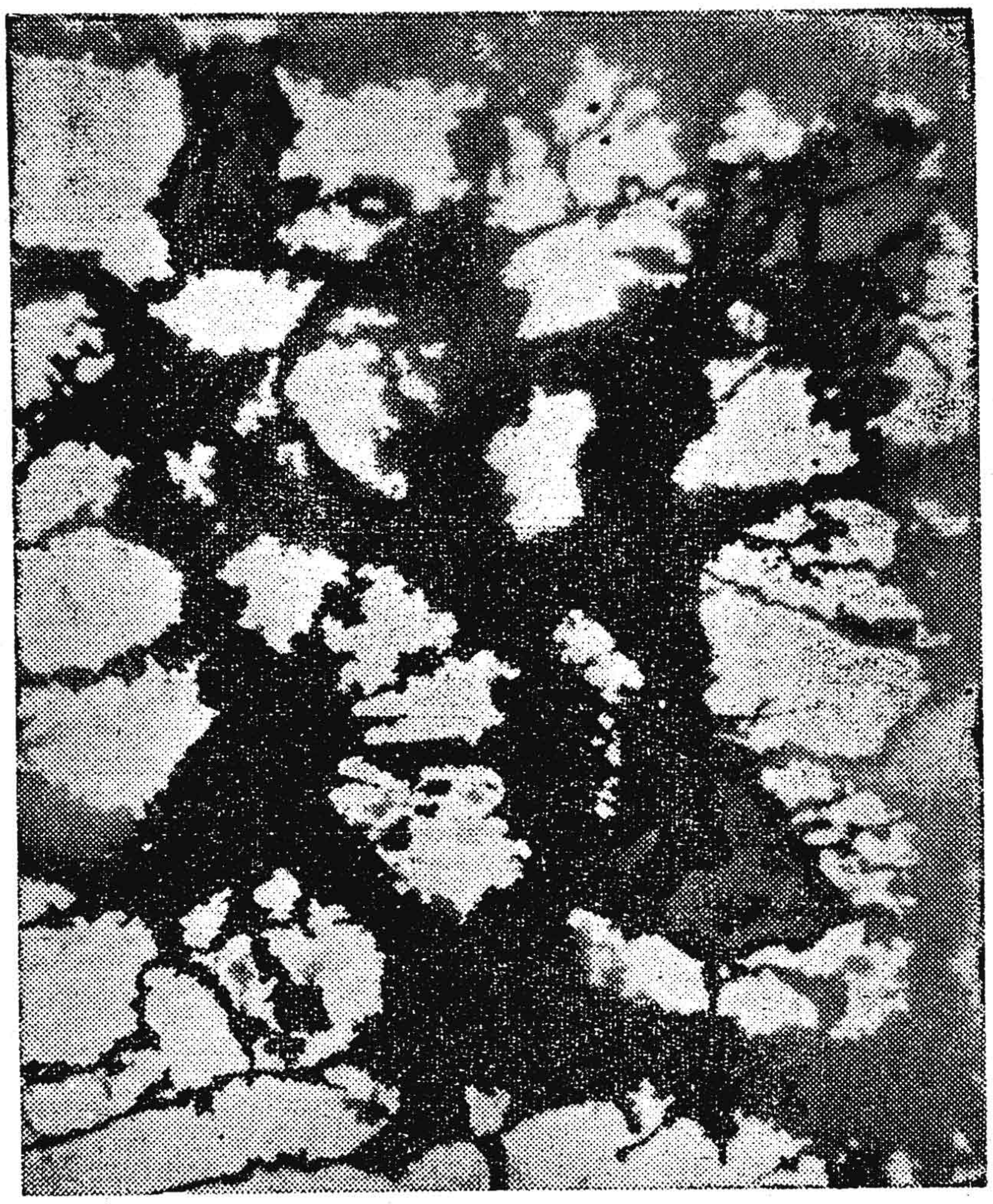
Por alguna razón noble que desconocemos el hombre, cuando está en estado de creación, de amor, se dilata, expande y crece; por otra razón que también desconocemos en las últimas oleadas de jóvenes poetas surge la expresión múltiple que los lleva a otros campos en las artes. Pedro de Oraá, Fayad Jamís y Escardó se cuentan entre ellos. A veces la semilla que preña una musa repercute en otra; a veces la semejanza entre las cosas no es tal como creemos verla, sino que se encuentra detrás del plano cortical, que es siempre la máscara diferenciante y burlona que engaña al espectador ingenuo, a ese viajero por la tierra que pierde la unidad esencial del mundo en su aparente multiplicidad. No hay que extrañarse, pues, que un poeta genuino como Escardó tenga en su haber obra pictórica; no hay que extrañarse tampoco que su expresión en este arte sea la abstracta habiendo sido su vida tan concreta y real en hambre, trabajo y lucha revolucionaria. Todo puede suceder, ya que sucede.





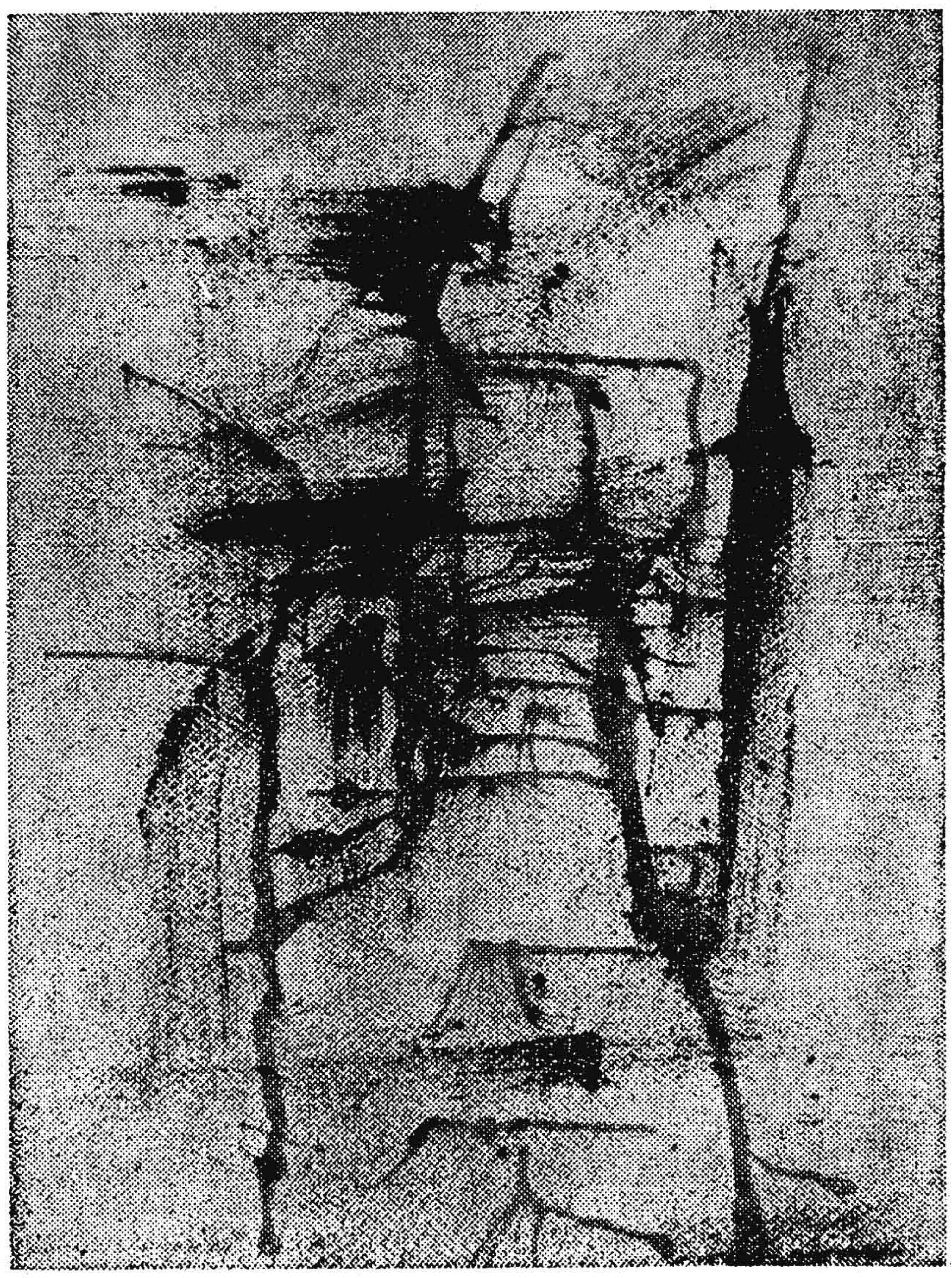






LA PINTURA DE ROLANDO

Por alguna razón noble que desconocemos el hombre, cuando está en estado de creación, de amor, se dilata, expande y crece; por otra razón que también desconocemos en las últimas oleadas de jóvenes poetas surge la expresión múltiple que los lleva a otros campos en las artes. Pedro de Oraá, Fayad Jamís y Escardó se cuentan entre ellos. A veces la semilla que preña una musa repercute en otra; a veces la semejanza entre las cosas no es tal como creemos verla, sino que se encuentra detrás del plano cortical, que es siempre la máscara diferenciante y burlona que engaña al espectador ingenuo, a ese viajero por la tierra que pierde la unidad esencial del mundo en su aparente multiplicidad. No hay que extrañarse, pues, que un poeta genuino como Escardó tenga en su haber obra pictórica; no hay que extrañarse tampoco que su expresión en este arte sea la abstracta habiendo sido su vida tan concreta y real en hambre, trabajo y lucha revolucionaria. Todo puede suceder, ya que sucede.



PROSA

SOY un hombre de 31 años. Aún no me he casado. Por supuesto, he tenido la oportunidad, pero he logrado mantenerme fuera de ese extraño pacto que establecen las leyes entre dos seres incognocibles. Mi punto de vista, realmente, no es contrario a este acuerdo secular que ha preservado la raza a través de su evolución. Pero el amor yo lo comprendo de otro modo. Es probable que nunca llegue a casarme.

PARA MI, un poema ha de vivir por su contenido y y no por el poeta que lo hizo; su función terminó con el poema y por lo tanto, es independiente del poeta. El verso ha de ser interpretado y sentido como un soliloquio, o un dúo, etc., y nada más; pues esos "hipitos" de la cadencia en la voz, destruyen el contenido y sentido del poema.

ACEPTO todas las formas y escuelas como una parte integrante, cada una, del cosmos que es la poesía, pero combato a los remendones de estilos, propios de las voces que me son conocidas.

MI ARTE es el aporte de mi existencia humana, y no hay nada más distante de mí mismo que mi propio arte.

LA POESIA es un modo de "deleite" y no un modo mercantil.

NO estoy de acuerdo con que los versos se reciten. Creo que la poesía debe ser leída.

MIS POETAS preferidos son: Vallejo, Eliot, Rilke, Juan Ramón, y los "cinco malditos".

LA OBRA DE ARTE es el resultado de uno mismo y no el encasillamiento determinado de sonoridades y construcciones aprendidas en el Instituto.

PREGUNTAS

DEL ARTISTA Y DEL ARTE:

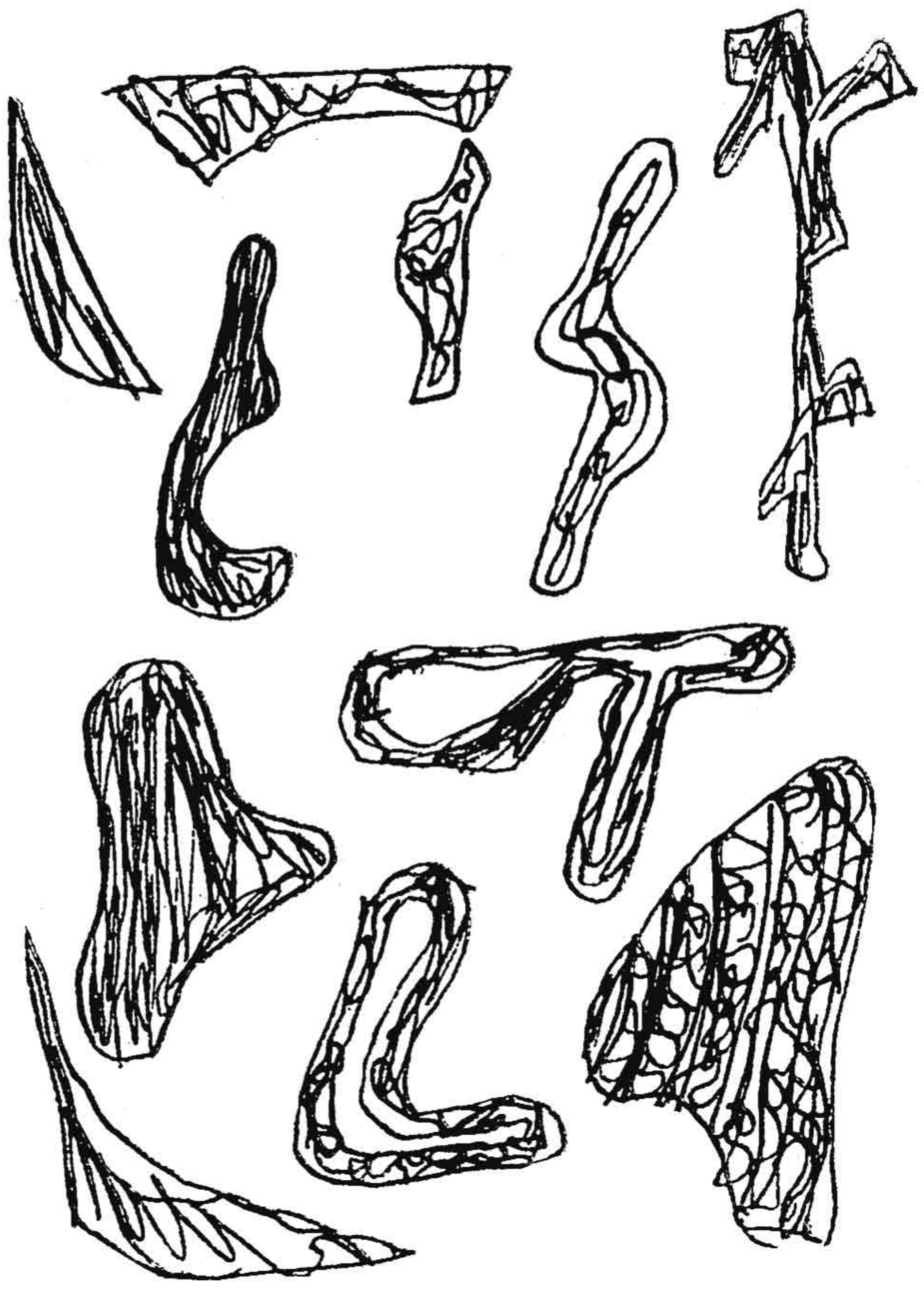
Si se me hiciera esta pregunta, diría por separado lo que entiendo por artista y lo que entiendo por arte. Artista y arte son dos elementos completamente opuestos entre sí, vinculados únicamente por una necesidad producto de una circunstancia causal del espacio. El artista, dimana del hombre: el arte es motivado por la conciencia superior del artista, no del hombre. Ahora bien, el arte en sí no representa la visible personalidad del hombre, sino del artista, quien a su vez, desdoblado en el anhelo interior, despersonaliza su personalidad de hombre, para convertir su actitud en arte, la que se desprende permaneciendo, distante y fija, en el espacio.

DEL AMOR:

Si somos buenos, si somos comprensivos, si nos conmueve el ruído de la lluvia sobre la última tarde del oído, o el fulgor de la luz, resplandece en nuestra mente.

DE DIOS:

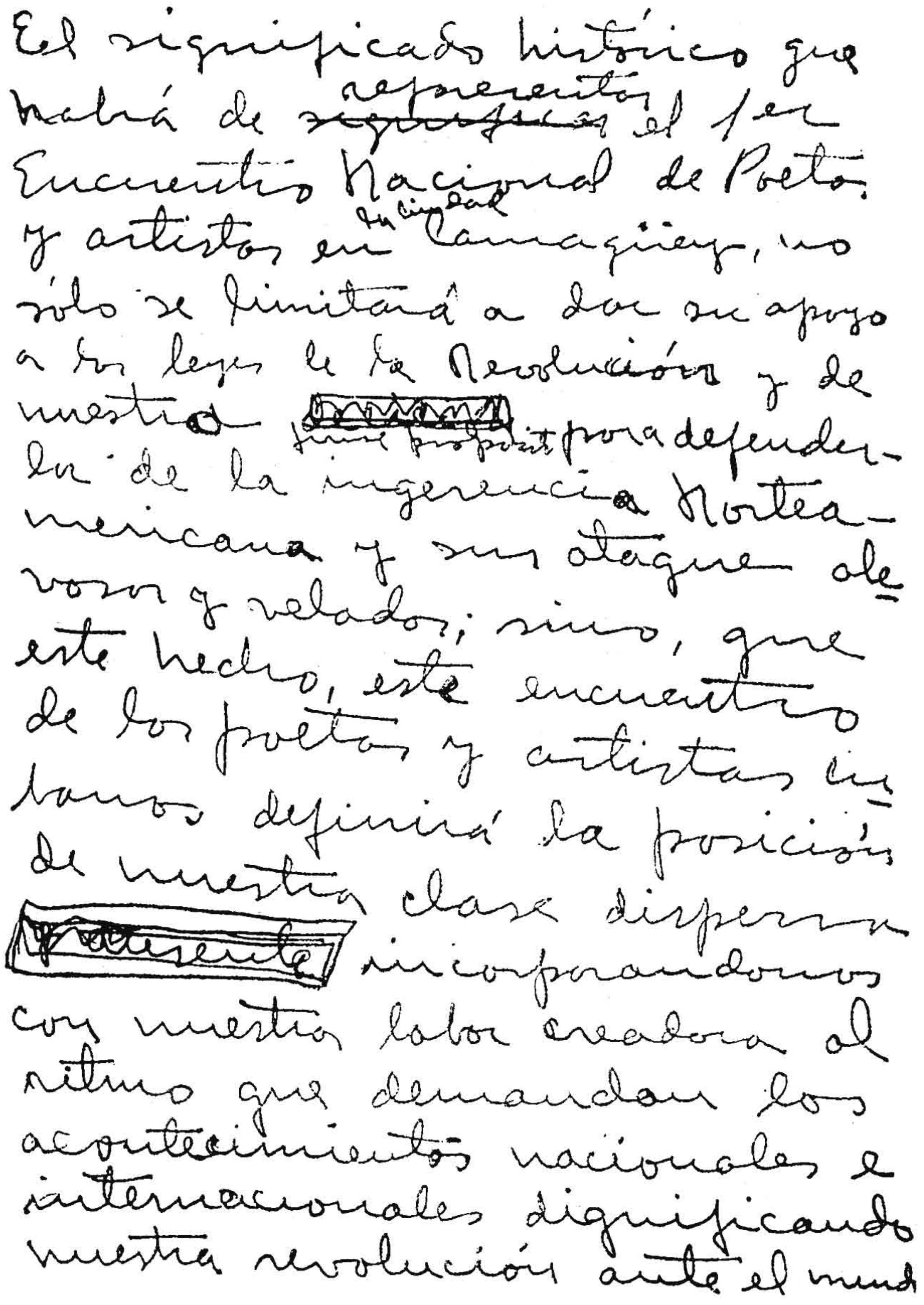
Si se me hiciera esta pregunta no dudaría en contestar: Yo soy Dios. Porque mi idea de Dios no puede situarlo en ningún punto determinado, ni identificado con forma alguna determinada. Si Dios habita en toda especie, forma y alma, ¿cómo determinar entonces su existencia si no es idealizándolo en todo árbol, pez, hombre, mineral o líquido? La mayor comprobación de la existencia de Dios soy yo mismo y los demás hombres; las miríadas de estrellas y soplos de vida. Por tanto, yo soy Dios mismo y Dios son todas las criaturas bajo el firmamento, compuestas de bondad y maldad, pues Dios contiene en sí mismo lo que está contenido en nosotros; repartido en todo como un fulgor indivisible.



PROSA

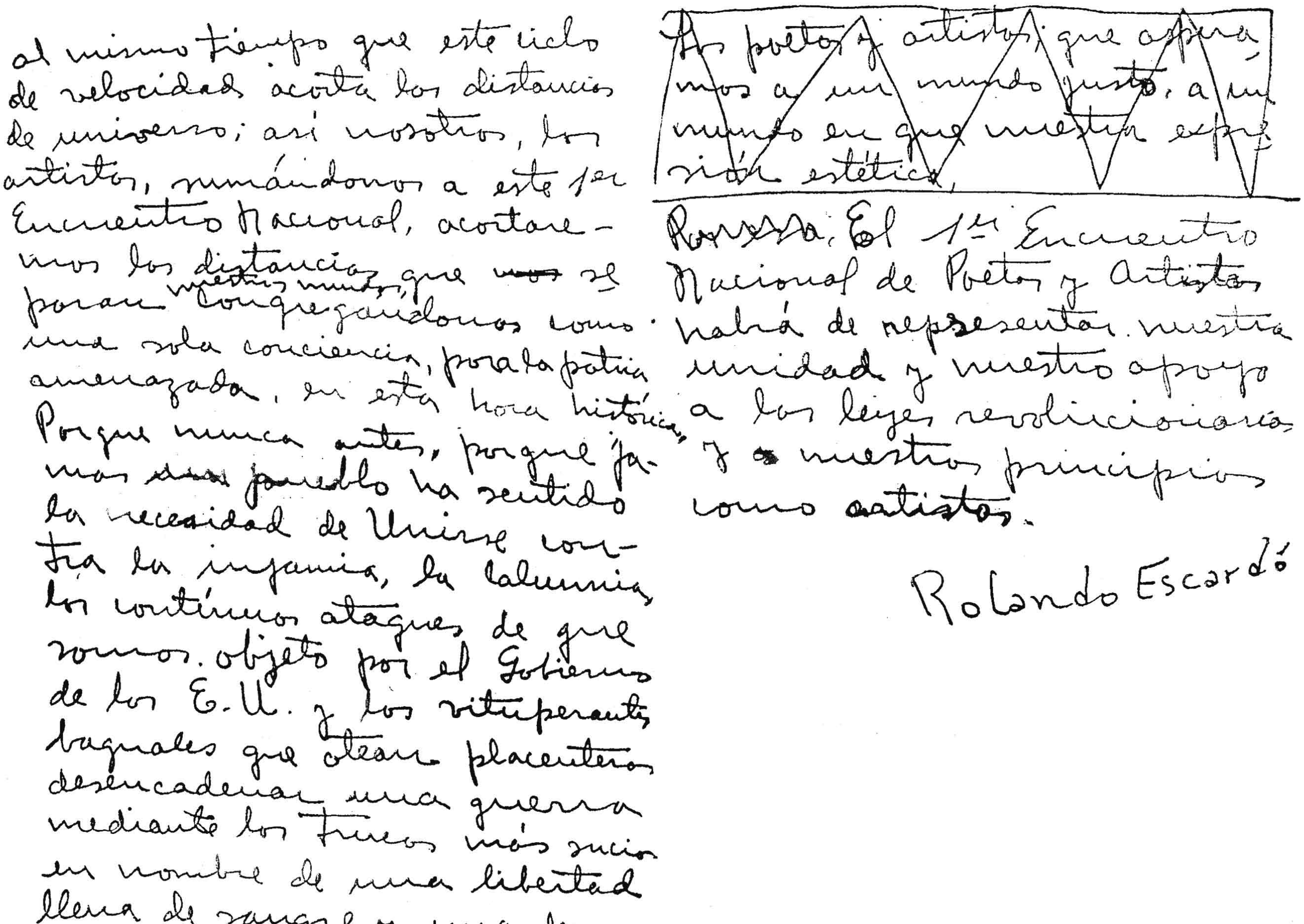
CONVERSACIONES

PERMITAME presentarme, señor; me llamo Juan Plim, sí señor, Juan Plim. Va usted muy lejos? Viaja sin compañía alguna? Yo voy solo, y usted? Me ocupo en búsqueda de tesoros, sí señor, tesoros; lo que pasa es que no he encontrado ninguno. No, aún no he encontrado ninguno. Ahora bien, yo le aseguro que algún día doy con uno de esos tesoritos, sí, y créame, sería mi desgracia, sí; sería el fin de tanta búsqueda. Sabe usted cuántos años llevo dedicado a estas boberías? Sabe usted cuántos años tengo? Es que me gustan estas cosas, esos asuntos de mapas y derroteros. Ah, amigo mío, si usted supiera la delicia... No hay nada más emocionante que esto. Sí, puede estar seguro que no hay nada mejor, desde luego no le niego que tiene sus inconvenientes, sí, no se lo niego, pero, qué es lo que no tiene inconvenientes en la vida? Desde que usted se levanta ya empiezan las complicaciones. Mantiene usted un hogar por casualidad? Ah, mi amigo, ese es un grave inconveniente, sí, figúrese, desde que usted se levanta ya tiene que ir pensando en toda esa serie de exigencias naturales. Por qué habrán inventado la comida? Desde luego, no fuera la comida, no, eso sería lo de menos, lo malo es lo caro que cuesta la ropa, los zapatos, etc. Ahora déjeme decirle una cosa: si por casualidad algún día se le ocurre buscar un tesoro, alégrese de no encontrarlo, sí, pues aparte de que la verdadera emoción está en no hallar nada, el verdadero deleite consiste en proseguir la búsqueda, pues, qué se haría uno después? Por lo menos, hablo referido a mi persona, qué es lo que me pasaría? Ay, señor mío, si usted se imagina los peligros, sí señor, peligros. No comprende? Qué pasaría entonces? Y si alguno se vuelve loco? No ha oído decir que mucho dinero de momento enloquece? Se da cuenta de lo que eso representa? Ha pensado usted lo que es verse dueño de un tesoro? Usted se ha dado cuenta, señor mío? Y si alguno muere del corazón? Y a la hora de repartir, cómo se las arreglaría usted? Y si hay tres collares y cuatro individuos? y si en vez de haber ocho diamantes, nada más que hay siete? Se da usted cuenta? Comprende usted? Además, qué va a hacer uno con ellos? Esas cosas no pueden cambiarse en cualquier sitio. Y si se entera el gobierno? Se da cuenta del peligro? Por supuesto que usted se preguntará que por qué yo entonces busco tesoros. ¡Claro, es lo que usted piensa, sí, no me lo niegue, no puede negármelo! Contésteme, no se me quede mirándome con esa cara de estúpido. Es cierto que usted lo está pensando, que cree que yo miento, que cree que estoy loco. Qué me contesta? ¡Dígame! Cree que no busco tesoros, que soy un mentiroso? Contésteme, dígame algo, tenga el coraje de hablar. Por qué, al menos, no me insulta? Por qué no dice algo? Contésteme, no me siga mirando de ese modo. Yo no quiero que usted se quede así, desconfiado.



El significado histórico que habrá de ~~significar~~ representar el 1er Encuentro Nacional de Poetas y artistas en la ciudad Camagüey, no sólo se limitará a dar su apoyo a las leyes de la Revolución y de nuestra ~~[illegible]~~ ~~firme propósito~~ para defenderla de la ingerencia Norteamericana y sus ataques alevosos y velados; sino, que este hecho, este encuentro de los poetas y artistas cubanos definirá la posición de nuestra clase dispersa ~~presente~~ incorporándonos con nuestra labor creadora al ritmo que demandan los acontecimientos nacionales e internacionales dignificando nuestra revolución ante el mund

Facsímil de una página de Escardó relativa al encuentro nacional de poetas.



al mismo tiempo que este ciclo de velocidad acorta las distancias de universo; así nosotros, los artistas, sumándonos a este 1er Encuentro Nacional, acortaremos las distancias que ~~nos~~ se paran nuestros mundos, congregándonos como una sola conciencia, para la patria amenazada, en esta hora histórica, Porque nunca antes, porque jamás ~~un~~ pueblo ha sentido la necesidad de Unirse contra la infamia, la calumnia los continuos ataques de que somos objeto por el Gobierno de los E.U. y los vituperantes baguales que otean placenteros desencadenar una guerra mediante los trucos más sucios en nombre de una libertad llena de sangre y una democracia de sables y espadones.

~~Los poetas y artistas, que aspiramos a un mundo justo, a un mundo en que nuestra expresión estética,~~

~~[illegible]~~. El 1er Encuentro Nacional de Poetas y Artistas habrá de representar nuestra unidad y nuestro apoyo a las leyes revolucionarias y ~~a~~ nuestros principios como artistas.

Rolando Escardó

TESTIMONIOS

LO QUE SERA ESCARDO

El año pasado, en estas mismas páginas, escribí sobre Rolando Escardó, lo siguiente: "Rolando Escardó es para mí el poeta más importante de su generación. Nacido en 1925 su obra inicia un modo de hacer poesía diferente a la generación de Orígenes". Cuando su libro se publique creo que esta afirmación quedará confirmada ampliamente. Durante veinte años fue un verdadero problema escribir poesía en Cuba de otro modo al que habían adoptado los de "la generación de Orígenes"; Escardó pudo entrar perfectamente dentro de esa generación, como Cintio Vitier, Eliseo Diego o Lorenzo García Vega. Si lo hubiera hecho, la nueva generación no tendría ahora un poeta diferente, casi una orientación para su obra futura. De todos los poetas de su época, él constituye un caso aislado y original. Escardó, tránsfuga de su generación, no se contaminó, y su obra queda intacta y cobra la vigencia del precursor. Tal vez deba explicarme.

¿Por qué es Escardó un precursor? No creo que Escardó estuviera interesado en los últimos descubrimientos formales de la poesía contemporánea. En algunos de sus apuntes personales menciona a sus poetas favoritos: Vallejo, Rilke, Eliot y los "cinco malditos". No obstante, no encuentro en su obra similitudes con estos poetas, si exceptuamos a Vallejo. La influencia de Vallejo en Escardó es más bien, me atrevo a afirmarlo, superficial. Escardó no tenía la cultura de Vallejo, no pudo comprender lo que se proponía este poeta formalmente. Más bien, encontró en él algunos temas similares, como el de la familia, que no obstante, Escardó trata de un modo personal, irónico y cruel, que no es frecuente en los poemas de Vallejo. Su modo era mucho más violento y directo; no rehuyo el término, más primitivo. Escardó podía sorprendernos con la cita de un libro de magia, con una sentencia de Paracelso o el análisis del **Orlando,** de Virginia Woolf, pero así, simplemente, como algo natural y rústico. Estaba muy lejos de ser el exponente de una cultura asimilada y coherente. El interés de Escardó era otro, sus preocupaciones tenían otro sentido. A Escardó le interesaba más que nada su vida; vivir era su máxima preocupación. Todos sus poemas nacen de su experiencia personal, rica y variada. Su vida fue intensa. Creo que ningún escritor cubano ha vivido así. Pueden haber pasado miserias, necesidades, humillaciones, pero Escardó no sólo pasó miseria y estuvo en la cárcel, en la resistencia contra la tiranía y en el exilio, sino que lo vivió todo descarnadamente, con violencia. Y nunca ocultó su vida bajo un manto de pureza, la contaba a sus amigos y la escribía. Ha dejado muchos papeles íntimos y una novela autobiográfica, **Trotamundos.** Una de las constantes de nuestra literatura, no creo que debemos ocultarlo, ha sido el disimulo y la hipocresía. La obra parece surgir del aire, andar volando por ahí, no sentimos el pulso de la sangre de su autor. La poesía de Escardó, por tanto, cobra el valor de lo auténtico, de lo que se ha vivido realmente y de lo que se ha aprendido a decir con palabras que perturban la conciencia del lector. La poesía de su generación, y en gran parte toda la poesía cubana, estaba gravitando sobre las palabras. Se escogían cuidadosamente aquéllas que tenían una reconocida tradición poética esclarecida y se lanzaban al poema, que hoy nos produce la impresión de un bello ejercicio literario escrito por personas inteligentes. En lugar de enfrentarse nuevamente con el hecho poético, si puede decirse así, y expresarlo, se enfrentaban con las palabras poéticas. Creo recordar una anécdota. Uno de nuestros poetas escoge una "bella palabra" y sobre ella hace el poema, y esa palabra constituye lo importante. "Tengo una "bella palabra" y me dispongo a escribir un poema", decía. Esto puede ser una salida de tono elegante, pero es que el poema no va más allá tampoco. No dudamos que la noble misión de perfeccionar el instrumento poético, de hacerlo más puro y riguroso, ha sido la intención de muchos de nuestros poetas, pero todo ese noble afán termina en la esterilidad. Por lo menos, uno de esos poemas frente a uno de Escardó, **Isla,** por ejemplo, su último poema y tal vez el mejor, pierde la fuerza de conmovernos, de inquietarnos, de perturbarnos. Pertenece a la categoría de esos poemas que se leen y jamás se recuerdan.

Pero las cosas no son tan simples como hasta aquí. La intención de nuestros poetas responde a ciertas condiciones sicológicas, que a su vez respondían a la situación económica y social del país. Nuestra literatura está presidida por la cobardía. Ya no se trata de una cobardía que oculta la vida personal del poeta, pues por lo menos los poetas se atrevían a vivirla, sino por la cobardía literaria. Es por eso que nuestra literatura hace la impresión de un enfermo baldado, sentado en un sillón de ruedas. Gran parte de la falta de resonancia que ha tenido nuestra literatura en el pueblo se debe a que éste no se reconoce en la obra literaria, a que el pueblo esperaba se le dijera mucho más, se plantearan sus problemas con valentía y no se tendiera ante sus ojos un manto blanco de virtud o de tranquilidad. Y más aún, produce la impresión de hombres afanosos por alcanzar autoridad literaria mediante la imitación de los modelos y la acumulación de las citas autorizadas. El pueblo cubano vivió en estado de rebeldía latente, pues pudo hacer la Revolución en el momento oportuno; pero los escritores, la mayoría de los escritores vivieron en estado de sumisión patente e irremediable.

Es por eso que escritores como Escardó se convierten en precursores. Ahora se comprenderá por qué lo afirmé al principio de este artículo. Escardó tuvo la sinceridad y la valentía suficiente para escribir lo que vivió. No se acordó de los modelos, los olvidó, y por tanto, recreó en sí mismo la poesía. Se enfrentó a la literatura valientemente. No pretendió entrar en ella por los caminos conocidos y habituales. Muchos de sus versos son tan poco "poéticos" que aterrorizan; muchos de sus poemas parecen interrumpidos, así como el que deja de hablar y hace una pausa. No se preocupó por ser el poeta de la cultura en un país sin cultura, donde todo está por hacer y expresar, sino que hizo cultura él mismo. El lo sabía, conocía su misión y trabajó sistemáticamente para cumplirla. En esa comprensión de su destino estuvo su eficacia y originalidad.

Antón Arrufat

ROLANDO

Si la poesía es lo inesperado, el amigo Escardó era la poesía. Lo inesperado no se puede esperar, y así, Escardó aparece en mi vida hacia el año 1949 cuando todavía no había encontrado a nadie como él. Para el grupo de poetas que lo conocimos entonces, Escardó, a pesar de ser muy joven, pertenecía a un mundo con historia, a una historia que saliendo de nuestro mundo se nos impondría definitivamente. Lo recuerdo entonces, surgiendo de ese mar de los sargazos de la miseria con su rostro cortado al hacha que se parecía al de Lincoln y que después asimilaba un poco a Artaud por muchas razones. No creo que en aquel momento ninguno de nosotros sabía mucho sobre lo que haría después, y, sin embargo, ha pasado poco tiempo. Cada uno ha seguido su camino y Escardó siguió el suyo que ya presentía muy bien en aquel momento: "nosotros los anónimos", cantaba en un poema lleno de fuerza quizás un poco desencajada —no recuerdo bien el poema— y de verdad el grupo de jóvenes poetas que vivía entonces en la calle Reina era un grupo absolutamente anónimo. Pero Escardó llevaba sobre sí la mayor carga de miseria, la mayor carga de experiencia, y lo que nos fascinaba: una experiencia que ninguno de nosotros poseía.

Entonces encontré una edición de Vallejo: a Escardó el libro le interesó mucho más que a mí, le atraía el poeta del hambre; el poeta cuyo verso cantaba con voz hambrienta, y eso se acercaba mucho a la experiencia de Escardó, heroicamente, pobre. Todos conocimos la profunda miseria más tarde o más temprano, y así nos solidarizamos completamente con el poeta. Al saber de la muerte del amigo fui a buscarlo—a Matanzas, estuve cerca de él, pero el único homenaje serio que podía rendirle consistía en caminar las mismas calles que caminé con él un día tras otro: el hueco que ha dejado la Plaza del Vapor, es como el hueco que ha dejado con su silencio la voz de Escardó entre nosotros. Todos esos barrios eran nuestra ronda nocturna: Escardó nos explicaba cómo la miseria trepaba por construcciones a lo Gaudí, que hacen de la vieja Habana un encuentro entre lo barroco y lo maravilloso. Escardó decía sus poemas en voz alta, trataba de llenar aquel gran vacío y aquella gran miseria con sus imprecaciones serenas y nostálgicas. Su espíritu explosivo y sincero tenía una delicada tendencia a lo fraternal, cuando nos decía: "hermanos", nos decía, sin duda, "hermanos". Lo vi en todas partes: cuando menos lo esperaba aparecía Escardó con un nuevo oficio, además de su gran oficio de poeta. Y por lejos que estuviésemos de Cuba siempre aparecía alguien que nos hablaba del buen poeta.

Escardó ha muerto como él hubiera querido morir: como un gran generoso. Empeñado en unir y levantar el espíritu de solidaridad entre los escritores estaba en un momento de intenso trabajo positivo. Su vida no le permitió trabajar mucho para la poesía, aunque ha dejado muchos poemas, porque le exigía ganarse su sustento como podía. El drama de Escardó durante muchos años fue el drama de todos nosotros y ahora ante la Revolución continuaba siendo el drama de los escritores revolucionarios, tratando angustiosamente de colocar su obra, de la mejor manera, al servicio de la Revolución.

A Rolando —como él se llamaba a sí mismo— se le recuerda con alegría, porque su imagen siempre era alegre y vital. Soy poco sentimental y la amistad es un río profundo: no quisiera escribir mucho sobre Escardó, hasta que el tiempo permita que esas aguas cobren la superficie. Pensé escribir un largo trabajo y no puedo: lo haré más tarde. Mi testimonio es que Escardó era un hombre y un poeta: que hizo todo lo posible por que esas dos palabras no fuesen contradictorias. Me temo que todos los que lo conocimos sintamos desde ahora en adelante un gran vacío entre nosotros, una gran ausencia que no lograrán llenar ni sus versos ni su recuerdo.

José A. Baragaño

MUERTE DE UN POETA

Cuando Ediciones R trabaja en la publicación de su primer libro de poema, el poeta Rolando Escardó encuentra su muerte. Realizaba una misión revolucionaria. Trabajaba infatigablemente desde hacía semanas, preparando el Primer Encuentro Nacional de Poetas. Recorría las ciudades de Cuba solicitando la colaboración de todos para que el revolucionario acontecimiento fuera un éxito. La muerte le sorprendió al salir de Matanzas, adonde había ido a reunir voluntades para el Encuentro. Basta leer el programa del Encuentro, que él preparó para darse cuenta de la profunda fe revolucionaria del poeta:

"Apoyar a la Revolución y sus leyes, en la convicción de que en las mismas están contenidas los principios de Libertad, Igualdad y Justicia Social, sin los cuales no puede ser plenamente manifestado el Arte.

"Exponer ante el Mundo la solidaridad de los artistas, escritores e intelectuales cubanos con todos los pueblos que luchan por alcanzar su liberación económica, política, social y cultural.

"Ratificar la Carta de La Habana en todos sus puntos".

El caso del poeta Rolando Escardó dentro de la Revolución merece atención especial. Se trata de uno de los pocos intelectuales cubanos que abandona todas sus actividades y uniendo la idea a la acción se lanza a la lucha clandestina en Camagüey en 1957. Llega un momento en que tiene que desaparecer de la ciudad para salvar la vida, y se exila. En Escardó se funden la protesta y la acción, y ello lo coloca a la altura de Pablo de la Torriente Brau. La síntesis del poeta y el luchador capaz de morir por una idea se produce en este poeta camagüeyano. Otros nombres vienen a la memoria, no son muchos, apenas llegan a dos: Byron luchando por la independencia griega, Miguel Hernández muriendo en una prisión franquista después de batirse heroicamente.

Rolando Escardó constituye además el caso del hombre con una vocación a la cual entrega su vida. Vive para la poesía. Y su muerte es simbólica: muere por la poesía, en un acto poético.

"Por la plaza de Santa Ana transcurrió mi niñez cargada de ensueños y visiones... Por el Callejón de Las Niñas crecieron once años..." La pobreza lo acompaña desde que nace. La plaza de Santa Ana, en Camagüey, conoce muy bien el rostro de la pobreza. Su vida entera la dedica al arte. Unos lo recuerdan llevando sus cuadros —era un excelente pintor— de un extremo a otro de La Habana, tratando de vivir, vivir, el problema más urgente de los cubanos en todas las épocas, y el dilema casi insoluble del artista en Cuba. Otros lo recuerdan durmiendo en los bancos del Parque Central, en las sillas de la retreta, de flejes de hierro, donde tantos cubanos han dormido que algunos llegaron a encontrar casi cómodas. Escardó amaba sobre todo la noche, era una criatura nocturna. Las arcadas de la Plaza del Vapor lo albergaron muchas madrugadas:

Es la noche
la paz de la noche
el sonido de la noche
(y sus fantasmas
el mundo donde vivo...

Es el hombre entregado a su vocación, amándola, dedicándole prolongados ayunos, pobrezas sin cuento, penas, y la alegría infinita de poder crear.

Cuando la Revolución triunfa, el poeta asume la plena responsabilidad de lo que ha ayudado a hacer, y se pone al frente de una zona de desarrollo agrario, junto a la Ciénaga de Zapata, organiza cooperativas de carboneros, tiendas del pueblo, colabora en el gran proyecto de la Laguna del Tesoro.

Todo esto tuvo el privilegio de hacer el poeta Rolando Escardó en su corta vida.

Calvert Casey

TESTIMONIOS

IMAGEN DE ESCARDO

Ahora que Escardó ha nacido definitivamente, descubro que para mí será siempre ese que llena la noche en que lo conocí, comprimido en un puñado de horas con la fijeza punzante de una palabra injusta —ahí, sin apelación, irremisiblemente, sin remedio. Sin embargo, aunque la muerte me lo redujo a unas pocas horas, ésas se las he arrebatado íntegras.

De las que precedieron a nuestro primer encuentro sólo recuerdo el ocre de un enorme edificio, un ciego pregonando billetes de lotería contra el sol y un muchacho tratando de meter un pan de caracas por la ventanilla del ómnibus... Después, no sé: empezó a llover, cesó la lluvia, yo preguntaba en el "Bar Correo" —los bigotes nietzscheanos del camarero que no sabía y el sol reverberando en la calle mojada— y luego un jeep dando barquinazos rumbo a una casa campestre (tampoco sabían), máscaras de escayola, presentaciones delirantes, de nuevo el "Correo" —caras que hoy sólo son gestos de color cerveza— y de pronto la noche y alguien que pega un salto y, acodado al mostrador, él: Escardó. Si no ignorara sus creencias religiosas, diría para empezar que era la imagen viva del Marqués de Bradomín: un tipo feo, católico y sentimental.

Cuando me preguntó si yo conocía el Apocalipsis —fue lo primero que me preguntó— pensé que estaba sometiéndome a una prueba. Pero me equivocaba: simplemente, en algún momento, no sé cuánto tiempo atrás, se había reconciliado consigo mismo, con la vida, y podía permitirse el raro privilegio de ser exactamente el que era. Recuerdo que más tarde, cuando quise explicármelo, me dije: "¡Qué tipo éste Escardó!" —y no intenté nuevas explicaciones. Ahora sé que no era posible decir más: uno va habituándose a juzgar la mistificación y lo sinuoso y, de pronto, se encuentra con la pureza y ve que se ha quedado sin definiciones: y siente una especie de desconcierto, algo parecido al aire fresco y la alegría.

En su habitación, entre papeles y piedras de una edad insultante que se alineaban en una vitrina, me leyó sus poemas. Yo me sentía casi avergonzado, como si tuviera que decir una palabra de aliento y supiera de antemano que no iba a encontrarla. Allí supe que a una edad en que otros apenas han comenzado a edificar metáforas con dolores imaginarios, él ya había mordido el hueso de la soledad, del desamparo y de ese sufrimiento sin voluptuosidad que es el hambre a secas. Iba leyendo como quien se confiesa. Todo él estaba allí: el hambre, y la soledad, y esa inocencia desconcertante que él no se conocía. Eran versos que hablaban de él extrañamente, del Rolando por quien él daba testimonio, de alguien que había sobrevivido al sufrimiento y a quien él, en cierta forma, compadecía y amaba.

Probablemente el pecado original no le dejó al hombre la marca de la culpa tan hondamente como la de la frustración; es posible que a lo que se condenara a este Sísifo Adán fuera a una búsqueda desesperada e inútil del paraíso, de cualquier paraíso. Y no sé por qué pienso que, quizás por un excepcional milagro del sufrimiento y la inocencia, Escardó había reencontrado el suyo allí, en el rostro de Rolando, en el fondo de unos poemas que lo absolvían de fabricarse nuevos paraísos, en alguna parte de sí mismo donde, de algún modo, había muerto la muerte.

Pero temo que éstas pudieran ser meras figuraciones. Lo cierto es que hace apenas tres semanas —habían pasado varios años— vino hacia mí y me dio un abrazo tan abrazo que sentí una gozosa sensación de permanencia, supe que el rostro de Rolando continuaba allí, intacto. Ahora no sabría decir si ésta no es también una trampa de la memoria; porque lo que sí está incrustado brutalmente en los hechos es que nos encontramos nuevamente y que, como ambos andábamos con prisa, quedamos de volver a vernos otro día. Pero no lo vi más.

Ambrosio Fornet

ESCARDO

Los escogidos mueren jóvenes. ¿Será verdad? No; no es cierto. Goethe murió pasados los ochenta; Hugo también. El hecho de que Bécquer, Martí, Espronceda, nuestro Heredia cayeran temprano, ¿qué significa sino que la muerte no tiene predilección por edades? Ay, duele ver la partida de un sembrador en plena cosecha, o cuando ésta no a dado aun cuanto ofrecía. Duele mucho más que cuando el genio que parte ya está hecho y su obra no ha de ser tocada (¡ni por él mismo!) como la rosa de Juan Ramón, porque así es ella.

Escardó se marcha mucho antes de la que habría sido su gloriosa plenitud, esa que corresponde a los jóvenes como él, que dan tanta prueba fina de inteligencia, de sensibilidad y poder creador, recién salidos apenas del agraz de su existencia. Con todo ¡cuánto poema delicado no nos deja ahora, como esos que recogió Virgilio Piñera en el número del "Lunes" dedicado a Camagüey!

Aunque por estos poemas le conocía yo, y por los de la Antología de Feijoó y algunos más, dispersos en la prensa habanera, nunca vi a Escardó en persona si no casi en las vísperas de su muerte.

Fue una tarde, en Camagüey, con Luis Suardíaz y otros amigos, en el vestíbulo del hotel en que me hospedaba yo. Por primera vez hablóse entonces de un "encuentro" o reunión de poetas en aquella ciudad, en el marco de la campaña para el "avión de la poesía", desatada en abril pasado, cuando estuvieron en Cuba Alberti y María Teresa León. Se acordó el encuentro (idea de los camagüeyanos, labrada exclusivamente por ellos) y es en los trabajos preparatorios para llevarlo a cabo, donde pierde la vida este ardoroso joven, una de las voces bien timbradas de la penúltima poesía cubana.

Luego de Camagüey, no volví a verle, hasta que le encontré en La Habana, en un bar de artistas, una noche todavía reciente. Yo sentí que alguien me tocaba en el hombro, y al volverme, vi que era Escardó. Me dijo que estaba allí con un puñado de muchachas y muchachos, todos autores de poemas, y que si yo los quería conocer. Fui a donde estaban ellos, me ofrecieron una copa y quedamos en vernos al día siguiente, en "Hoy".

Vino puntual Escardó con sus amigos. Todos trajeron versos, y Alpízar prometió reservar dos páginas del "magazine" de "Hoy" para publicarlos con una presentación que el propio Escardó iba a hacer. La muerte frustró proyecto tan sencillo.

¿Cómo muere Escardó? Había ido a Matanzas, para invitar a Carilda Oliver a la reunión de Camagüey. Se vieron, me ha dicho Carilda, y de Matanzas, Escardó, que andaba en su jeep, con unos amigos, partió hacia Jagüey Grande. No había andado unos minutos de camino, cuando el auto perdió una rueda, lo que produjo la catástrofe. El timón del coche se hundió en el cuerpo del poeta, que finalmente fue a dar sobre los adoquines de la carretera. Murió en el acto.

¿Qué hacer, qué decir ahora? Decir que haremos, y hacer. El encuentro de Camagüey no se detuvo; los amigos del poeta, el pueblo camagüeyano, lo sostuvieron y llevaron adelante, como si el poeta no se hubiera ido. La campaña nacida en La Habana y a la cual él se adhirió en forma tan limpia, cobra con el ejemplo de su muerte, aun más vida. Me atrevería a proponer, por ello, que al final de nuestros trabajos, cuando el avión de los poetas sea un hecho consumado, y vuele en nuestros cielos, tenga un nombre: Rolando Escardó.

Nicolás Guillén

IN MEMORIAM

La misión de los poetas es la de alcanzar las maravillas fabulosas de sus islas, la de llegar a los muertos en el Hades y a los que no nacieron en su mundo. (Diodoro, el escritor viajero, en su libro **Sepulcros famosos**, 300 a. de J.C.)

Conocí personalmente a Rolando en este Año de la Reforma Agraria. Lo ví dos o tres veces por las calles y las oficinas de "Lunes" de Revolución. Me lo presentaron y hablamos festivamente de cosas sin importancia. A pesar de estar vivo a mi costado en el paisaje, caminando por las mismas calles de La Habana que también yo transitaba, y frecuentando los mismos lugares, fue para mí uno de esos poetas que se conocen por lecturas antes de tutearlos en diálogo personal íntimo. Cuando esto último no ocurre, cuando la persona que ha escrito lo que leemos jamás tiene contacto de carne y hueso con nosotros, muchos instantes de su obra quedan opacados, desvirtuados y oscuros. El mapa de una ciudad no da la vivencia que obtenemos de ella al caminar una sola de sus calles. Este acontecer es una experiencia que todos sabemos y olvidamos. A Rolando debo el no olvidarlo jamás.

Una tarde nos encontramos de casualidad. ¿Casualidad? Para los que creen en Dios, o en el Destino, esta palabra sobra en el idioma. Rolando creía, por lo tanto nuestro encuentro era algo previsto y arreglado por Alguien o Algo; yo, que no creo, soy de los que emplean esta palabra tan fea, masiva e insultante para los que la repudian. Esa tarde nos encontramos en un café frente al Calixto García. Estaba hablando con Fayad Jamís, matando el tiempo que le sobraba antes de irse a trabajar. Yo estaba en la misma situación; Fayad, en cambio, tenía que irse ya. Nos quedamos solos. No sé cómo derivó la conversación al tema de los platillos voladores. Me dijo muy en serio, para mi sorpresa, que creía en la existencia real de los platillos por muchas razones una de ellas es que los había visto. Una vez en Méjico; la otra cuando escaló el Turquino con la Sociedad Espeleológica de la cual era miembro. En este último lugar observó uno de ellos parecidos a una estrella oscilante. Todos los miembros del grupo lo vieron, entre ellos el capitán Núñez Jiménez.

El tema de la conversación se fijó en su boca hinchándose en importancia a medida que avanzaba. Como muchas cosas, disímiles a primera vista, están en el Universo invisiblemente vinculadas, derivamos por gravitación en el ocultismo y a ese capítulo, según Borges, de la literatura fantástica: la metafísica. Nos despedimos para ir cada cual por su rumbo a cumplir la tarea que nos fija la Revolución: Rolando al I.N.R.A. y yo al periódico. Nos dimos cita para leer juntos y comentar las notas sobre ocultismo de Eliot a su poema "El entierro del muerto". Esto es ahora un imposible.

Después de este encuentro descubrí en sus poemas el sabor de la sustancia hablada; descubrí, también que a Rolando le obsedía de manera inusual el tema de la muerte. "La Tarima", por ejemplo, revela los temas del **Apocalipsis** y termina extrañamente así: "Y una hora después, el perro muerde el chorro de agua, —ya no habrá más Rolando, —pero habrá..." Y recordé que hablamos del eterno retorno, cuyo avatar en Nietzsche tuvo tal intensidad que llegó a demostrarlo por la Matemática. La manera de tratar Rolando el tema me recordó, a pesar de la aparente objetividad con que lo manejaba, la profunda resonancia que captamos al recibirlo de los escritores rusos. Merejkovsky en su "Vida de Napoleón"; Lermontoff en su obra "El Fatalista" y aquel pasaje de **Bela**: "Todo lo que hemos adquirido se separa de nosotros y volvemos a ser lo que éramos y lo que un día seremos otra vez"; y Tolstoy en uno de sus poemas que empieza así: "Por el fango y los surcos del camino —por donde está la presa del arroyo... He estado aquí y lo he visto antes—, y lo he olvidado hace mucho tiempo..."

La muerte es algo absurdo que le acontece a la vida. Me es grato ahora pensar en la posibilidad del eterno retorno de todas las cosas, porque implica que Rolando y yo volveremos a encontrarnos. Implica, también, que Rolando no está muerto del todo.

Oscar Hurtado

ORFISMO DE ESCARDO

Arañaba, raspaba la poesía, persiguiendo una identidad, una sustancia doblegada sobre sí, como la saliva del gallo. Raspaba las palabras, como la vida lo había raspado a él, pero sin poderle quitar su poesía, su sonrisa. Su alegría soterrada de quien se sabe escogido por una **ananke** devoradora. Como todo aquello que se sabe fatal, necesario, Escardó mostraba en su trato un metálico pulimento, una seguridad alegre en su estilo para lo cotidiano. Trepado un día sobre un helicóptero, como en las primeras películas del siglo, saludaba al pueblo de Jagüey, como en un veinte de mayo, contento porque se sabía querido a lo cubano. Con palmoteos y amoríos y hermandades. Así, tenía que entrar en la muerte, rodeado de amigos, de la novia bonita, de primos, del agrandado abrazo para su madre al regalarle una cartera con las más transparentes y graciosas estalactitas cubanas.

A Vallejo se lo encontraba en el café crepuscular de fin de año, cuando uno no sabe qué hacer con el frío, y está allí lo bueno que no se esperaba. Suenan el acordeón, la quena, el paño mágico agujereado. He visto a Escardó con el libro de poemas de Vallejo, lleno de abolladuras, de manchas como quien lo ha leído en una travesía muy larga, y el libro le ha servido de almohada japonesa, de bandeja para el café, de pañuelo para el sudor de medianoche. Sutiles metamorfosis del libro incorporado, pedacitos de papel nadando en la sangre. Pero las raspaduras que le propinaba su **fatum** eran superiores a esa lectura y a todas las lecturas. Como todo miembro de la familia escogida, había sufrido la carencia, la verdadera, la que acrece los bienes misteriosos, los dones de aquel espíritu que sobreabunda. Sus despertares se cumplían a la sombra de la pirámide de los ecos, de las grutas que se prolongan en ríos subterráneos, hasta llevarnos a las regiones donde el ciervo y los bienaventurados esbozan sus más nobles gestos.

Revés del tragedismo contemporáneo, de ectoplasmática gorguera negra y medianoche existencial, despreciado y abandonado por la realeza del **fatum,** lo necesario, lo verdadero fatal, se ensañaba con Escardó, que lo resistía sonriente. Conspirador, soldado, pintor, etnógrafo, poeta, resistía, saltando de roca en roca, las embestidas de lo fatal. Aquel desconocido, que engrandeció siempre su sustancia. Contratacando Escardó con soltura de buena sangre, con profundidad criolla de camiseta única puesta a secar en la hoja grande de la malanga. Cuando penetraba en las escalonadas sorpresas de una gruta, debía ya tener la sensación de penetrar en las profundidades órficas, donde el canto unía la inocencia de los trompos y los peleles, de las frutas y de las jarras agujereadas.

Su verso nos da la sención de algo que se sujeta trágicamente con las dos manos, mientras un rumor mayor parece invadir el amargo sembradío de las cactáceas, como el sombrero aguantado con los dientes por los ganaderos de reses bravas. En ese recinto criollo resonará siempre la ortopedia chillona que acompaña al abuelo, en uno de los poemas que está al principio y al fin de su obra. Sus poemas, casi siempre breves, tienen el escalofrío de lo que asciende por las vertebras, de la punzada lumbar. Parecen dejados, en un bolsín de garganta muy estrecha, por algún explorador anterior. Ahora sabemos que Escardó era el que buscaba y era el explorador anterior.

Amigo mío, dícteles a los malvados, desde las sombras, una conversación no dañada, un verso que se raspa, paradojalmente, como un erizo blando, tierno. Hágalo, se lo suplico humildemente.

José Lezama Lima

DESASIDO ROLANDO

Detenida en mitades.
Un júbilo trocado.
Lola rota.
Estábamos al borde del encuentro
de nuevo como antes
desasido Rolando
libre ahora
con esta
con aquella
suprema libertad
primera y última
sol esplendente
corazón malva
tibio muerto querido.

¿A qué punto
soñado o presentido
has sido designado

luz de esmeraldas pálidas
sonrisa
párpados
cuerpo ágil
escalador de riscos.

Queda sin estrenar
la cueva inédita,
y aquí tengo aquel aro
el de la pierna
y la caja está llena llena llena
de las estalactitas del recuerdo.

Clara Niggemann

UN MALDITO AGRACIADO DE LIBERTAD: TOMAS ESCARDO

No aceptaremos aún la noticia de su muerte, no nos acostumbramos a disolver en una repetición que pierde el sentido de tanto querer persuadirnos, lo doloroso que evidencia. El amigo entrañable —Rolando Tomás Escardó— se ausenta súbita, vertiginosamente. Pero nosotros, que sabemos de sus hábitos, de sus estilos peculiares de vivir, de sus ademanes graciosos desde una conducta cuya singularidad le completaba un rostro tan querido a todos; creemos que su ausencia se suma a una de esas frecuentes desapariciones y reapariciones a las que nos tenía adaptados su presencia. Lo suponemos, y no podemos recibir cómodamente un aviso que deriva de la realidad resignada, e inexorable, a la que él de todos modos pertenecía. No acabaremos jamás por aprehender un hecho cuando éste se cierne sobre una vida de la que esperamos mucho y la sobrecoge de inesperada violencia. Y es esa sacudida que llena con su cruel asunto la que nos arranca del silencio para remontarnos a instancias conocidas junto al amigo.

El encuentro de la amistad es vago: recuerdo las "ferias del libro" en el parque central; junto al pabellón "La Oreja", de una desusada atracción en contraste con los otros libreros, las reuniones anuales de tipos diversos de la profesión literaria, o plástica; su tarima improvisada sin ninguna veleidad comercial, anegada de cuadernos poéticos para minorías y tomitos de escaso interés general, de elementos tan disímiles e ilógicos como un busto de maniquí desnudo y un cristal coloreado en ambas caras; ejercía, sin embargo, a todo transeúnte sensible y avisado una fuerte curiosidad que lo hacía conducirse hacia aquellos colgalejos de extraña coherencia y hasta esos títulos irreconocibles. Allí, uno de esos años, trabamos conocimiento ininterrumpido; y creo fue él quien, como un introductor de cordialidades, nos amistó a Fayad, a Joaquín (dueño del librero "orejudo"), a Baragaño, a tantos otros, gente joven, afiebrada de apetencias culturales y que constituían, es cierto, el grupo distinto y discutidor de la "feria", que no muy tarde iban a confrontar, como toda nuestra ciudadanía ansiosa de un nivel espiritual mayor, el oscurecimiento de siete años de abyección y lucha.

De ahí sentamos las conclusiones sobre nuestra promoción, las necesidades en que nos vimos sumidos, las posibilidades que tuvimos que esperar: de ese paréntesis de tirantez y fealdad, de braveza y asfixia, en que debimos apostar una resistencia interior, se reflejó en la piel de nuestra realidad de hombres nacientes a una situación en la sociedad como creadores intelectuales, el apremio incriminador con que margina un proceso desembocado en régimen despótico y criminal, al artista honesto, al escritor con dignidad.

De todos nosotros, fue Escardó el hombre, el poeta que sufrió de veras y más intensamente los embates de una penuria económica que no se debió tanto a la caduca estructura social que no asimila al intelectual como un factor imprescindible de su integración, sino, lo dijimos, se debió más bien, en nuestro caso, a la enajenación cultural a la que se precipitaba la vida insular bajo un círculo de realidad tronchada por el instrumento de que disponía el imperialismo.

Pero había en Escardó una característica innata que le hizo reaccionar a su tiempo contra el estado de cosas. El compañero "arrastrado por el océano y una ola" que sentíamos en él, apaleado por todos los pesares humanos de la miseria, no cesaba de regalar a la indagación nuestra por su salud una amplia alegría, o una ironía de risa abierta por sus situaciones precarias; ello demostraba un valor recóndito, que en conocidas ocasiones puso a prueba: su irreductible sentido de libertad. De muchos es conocida la acción que le obligó a realizar su insoportable permanencia en el ejército regular, de cuya atmósfera atentatoria a su albedrío de hombre justo quería escapar: tomando el automóvil del entonces "general Gómez Gómez", luego de ver frustrada su solicitud de licencia, en resolución desesperada lo abalanzó contra un barranco del bosque habanero: esto por supuesto lo condujo a la cárcel militar, pero igualmente a la plenitud de su voluntad rebelde... Aunque ignoramos la exactitud de la anécdota, modificable para cada oído, su veracidad se manifiesta ante el caro objetivo que la inquietud de Escardó denunciaba: su opción optimista, invencible, por la libertad, en una búsqueda tenaz y a salvo de todo compromiso sugestivo, ya fueran los parabienes del dinero, o el amor, que lo reducía a la aventura, como no fuera el de su añorada madre o, ahora, el de su suelo.

Sus temporadas de imperiosa abstinencia lo acercaron a "la poesía del hambre" en Vallejo, con la que entabló una dilatada identificación. Fueron los momentos en que comenzábamos a conocerlo, a entenderle. A visitarlo en su cuarto de la calle de Reina, que compartía con Jamis, y donde concurríamos a formar una tertulia de estrechas paredes y exenta de café, Alvarez Baragaño, Roberto Garriga, que luego fue a pelear en Escambray, Luis Marré y otros. Recuerdo su rostro expresivo, jocoso, haciéndose burlas a sí mismo al referirse al incendio de la habitación, que sorprendía convirtiendo en cenizas sus únicos bienes: sus papeles y un "fardo" que le servía para abordar ciertos sitios de marcadas exigencias. Esa misma ironización de los aconteceres, sus gesticulaciones características para ilustrar lo ocurrido, le apoyaba en la poetización de su vida. Su vida, que ya le envolvía y proyectaba como un mito, pero un mito hecho de realidades.

Fácilmente impresionable, la lectura de los malditos y misteriosos entraban en sus preferidos. Baudelaire, Rimbaud... Lautremont. Siempre notamos cierto mimetismo en la letra de Rolando de las que eran sus lecturas recientes, pero también una riqueza natural de su lenguaje, una frescura temperamental y poderosa de sus contenidos, sobreponían a sus poemas el aire singularmente suyo, en sello de la palabra suya embargada de los huesos y la carne de una realidad que sólo él supo sobrellevar. A él además lo tocaba una particular dedicación por los textos de ocultismo, y más de un poema posee cuyo sentido críptico hay que remitir y aclarar en esos conocimientos especiales.

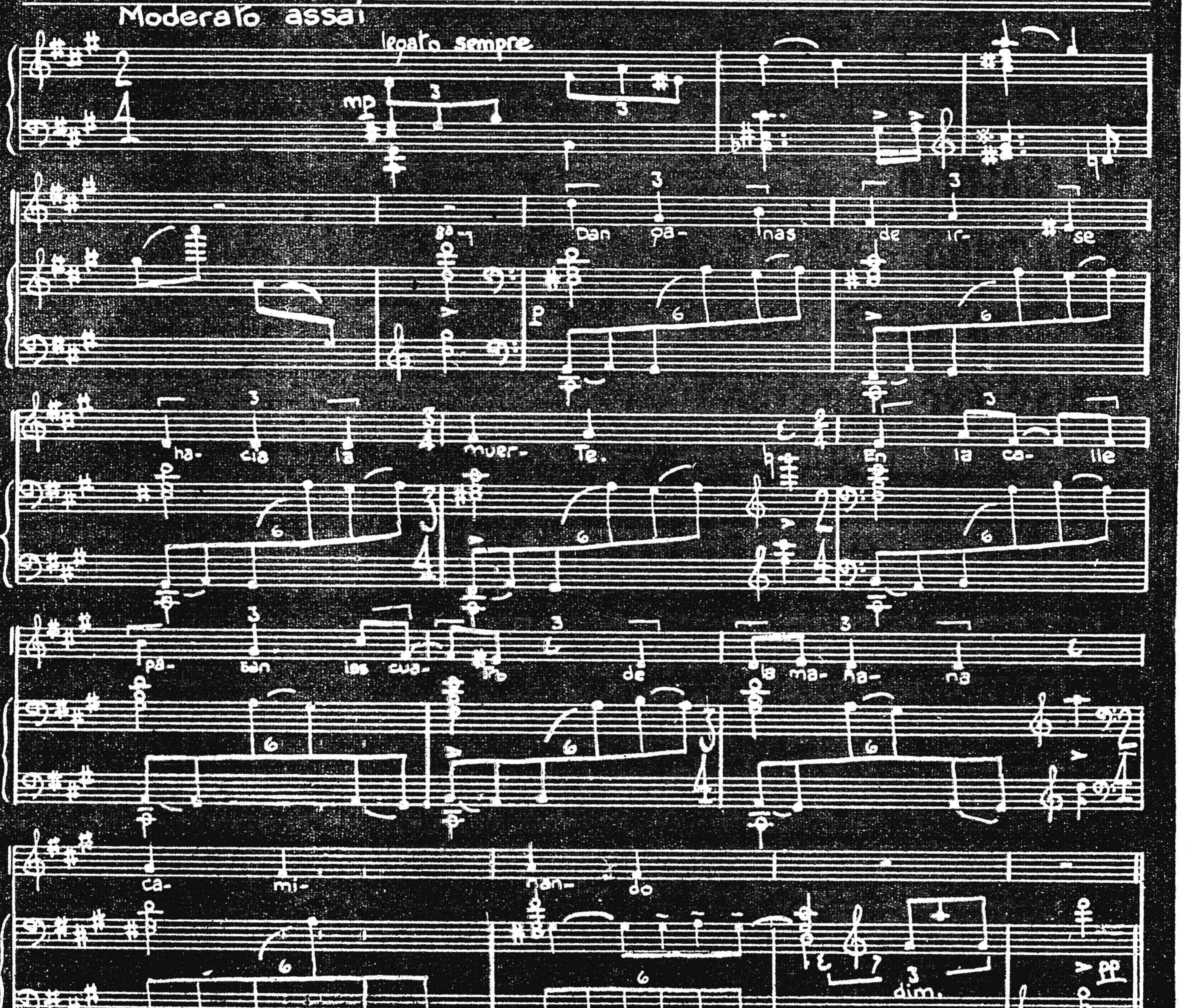
Es curioso: habíamos recibido noticias un mes antes de su trágica suerte, de cierto percance sufrido en carretera en el propio vehículo que él conducía; nos saludamos días después y comentando al respecto él nos insistía que se había exagerado en el alcance del accidente, y para su fortuna, no había tales o cuáles fracturas. Pues... pensamos que la muerte ha estado sólo impacientándole y que ahora, en una tarea que significaba tanto para él, hombre de simpatía —entre otras tareas revolucionarias a las cuales rendía su utilidad— como es el Encuentro Nacional de Poetas en la ciudad natal, está nuestro ofrecimiento de amistad infinita, y en cuanta actividad se eleve un símbolo de poesía, esforzándonos en la culminación de lo que él comenzó, con el entusiasmo y la alegría explícita que lo caracterizaban.

Pedro de Oraá

TESTIMONIOS

Tombeau de **ROLANDO**

Dan ganas de irse hacia la muerte
En la calle pasan las cuatro de la
mañana caminando
(fragmento)


Moderato assai
legato sempre
mp
3
8a
p
6
Dan ga- nas de ir- se
ha- cia la muer- te.
En la ca- lle
pa- san las cua- tro de la ma- ña- na
ca- mi- nan- do
dim.
pp

Natalio
19-X-60